



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

— Si — repuso Ahmet — con una buena cuma de paja en esta *araba*...

— Estaríamos como príncipes.

— Príncipes de teatro — murmuró Bruno.

— ¿Hein? — hizo Keraban.

— Por otra parte — repuso Ahmet — no distamos más que ciento sesenta *agatchs* (1) de Trebisonda, y allí cuento con que podremos encontrar un medio mejor de locomoción.

— Repito que eso sucederá — dijo Keraban, observando bajo sus contraindas cejas si sorprendía en el rostro de sus compañeros la apariencia de una contradicción.

Pero todos, aterrados por aquella formidable mirada, se convirtieron en impasibles figuras.

Hé aquí lo que se convino: el señor Keraban, Van Mitten y Bruno se colocarían en la *araba*, de la que uno de sus caballos sería montado por el postillon,

(1) Cerca de sesenta leguas.

encargado del cuidado de relevar después de cada jornada; Ahmet y Nizib, muy acostumbrados á las fatigas de la equitación, seguirían á caballo. De esta manera se esperaba no experimentar ninguna tardanza hasta Trebisonda. Allí, en aquella imponente población, se buscaría un medio de terminar aquel viaje lo más confortablemente posible.

El señor Keraban dió la señal de partida después de haber provisto la *araba* de algunos víveres y utensilios, sin contar con las dos *narghilés*, milagrosamente salvadas de la colisión, y que fueron puestas á la disposición de sus propietarios. Por otra parte, los pueblos de aquella parte del litoral están bastante próximos los unos de los otros. Es raro que los separen más de cuatro ó cinco leguas. Por lo tanto, se podría fácilmente descansar ó abatecerse, admitiendo que el impaciente Ahmet les acordase algunas horas de reposo, y sobre todo, que los *douckhaus* de las aldeas estuviesen suficientemente abastecidos.

— En marcha — repitió Ahmet despues de su tío, que ya se había colocado en la *araba*.

En aquel momento, Bruno se aproximó á Van Mitten, y con un tono grave, casi imperioso, dijo:

— ¿Y la proposición que debéis hacer al señor Keraban?

— No he encontrado ocasión — respondió evasivamente Van Mitten. — Por otra parte, no me parece muy dispuesto.....

— ¿Así es que vamos á ir ahí dentro? — repuso Bruno señalando al *araba*, con un gesto de profundo desden.



¿Vamos á ir ahí dentro?

— Si..... provisionalmente.

— ¿Pero cuándo os decidiréis á pedir ese dinero del que depende nuestra libertad?

— En el próximo pueblo — respondió Van Mitten.

— ¿En el próximo pueblo?

— Si, en Archawa.

Bruno movió la cabeza en señal de desaprobación y se instaló detras de su amo, en el fondo de la *araba*.

La pesada carreta partió al trote de sus caballos por las pendientes del camino.

El tiempo dejaba bastante que desear. Nubes de peligrosa apariencia se agrupaban en el Oeste. Se apercibían en el horizonte señales ciertas de tempestad. Aquella porción de la costa, azotada de lleno por

las corrientes atmosféricas, no debía ser muy fácil de seguir; pero no se puede dominar al tiempo, y los fieles fatalistas de Mahoma saben cogerlo según conviene. Por otra parte, era de temer que el mar Negro no continuase justificando largo tiempo su nombre griego de *Puente Euxino*, «el bien hospitalario», sino su nombre turco de *Kara Dequitz*, que es de más buen augurio.

Felizmente, no era la parte elevada y montañosa del Lacistan la adoptada para el itinerario. Allí los caminos faltan en absoluto, y es preciso aventurarse á través de bosques intactos al hacha del leñador. El paso de la *araba* hubiese sido completamente imposible. Pero la costa es mucho más practicable, y el camino jamas falta de un pueblo á otro. Circula entre

Arboles frutales, bajo las sombras de los rosales, castaños, entre zarzales de laurel y rosales de los Alpes, enredados por los inextricables sarmientos de la viña salvaje.

Por otra parte, si aquel confin del Lacistan ofrece un paso bastante fácil á los viajeros, no sucede lo

mismo en su parte baja. Allí se extienden pantanos pestilenciales; allí reina el tífus en el estado endémico desde el mes de Agosto hasta el de Mayo. Por dicha para el señor Keraban y los suyos, estaban en Setiembre, y su salud no corría peligro. Fatigas, si; enfermedades, no. Porque si no enfermaban nunca,



El camino no estaba desierto.

tampoco descansaban. Y cuando el más terco de los turcos razonaba así, ¿qué podían responderle sus compañeros?

La araba se detuvo en Archawa, hácia las nueve de la mañana. Se dispusieron para partir una hora después, sin que Van Mitten hubiese encontrado la ocasión de decir ni una sola palabra de sus proyectos al señor Keraban.

De aquí la pregunta que Bruno hizo á su señor:

—Y bien, señor, ¿está ya hecho?....

—No, Bruno, todavía no.

—Pero, será tiempo de....

—¡ En el próximo pueblo!

—¿ En el próximo pueblo?

—Sí, en Witse.

Y Bruno, que bajo el punto de vista pecuniario dependía de su amo como su amo del señor Keraban, se colocó en la araba, no sin disimular esta vez su mal humor.

—¿ Qué tiene ese hombre? —preguntó Keraban.

—Nada —respondió Van Mitten para cambiar la conversación; algo fatigado, tal vez.

—¡ Él! —replicó Keraban. —Pues tiene buen semblante, me parece que engorda.

—¡ Yo! —exclamó Bruno.

—Sí, tiene disposiciones para llegar á ser un bello y buen turco, de majestuosa corpulencia.

Van Mitten cogió por el brazo á Bruno que iba á contestar á aquel cumplimento tan inoportunamente dicho, y Bruno se calló.

Sin embargo, la *araba* se mantenía en buena dirección. Sin los vaivenes que provocaban las violentas sacudidas en el interior, las que se traducían por contusiones más desagradables que dolorosas, no hubiera habido por qué quejarse.

El camino no estaba desierto. Algunos laces le recorrian, descendiendo las pendientes de los Alpes Pónticos para las necesidades de su industria ó de su comercio. Si Van Mitten hubiese estado ménos preocupado con su interpelacion, podría haber anotado en su cuaderno las diferencias de trajes que existen entre los caucasicos y los laces. Una especie de gorro frigio, cuyas bandas se rodean al rededor de la cabeza sustituye el casquete georgiano. Sobre el pecho de aquellos montañeses, grandes, bien formados, tez blanca, elegantes y esbeltos, se separan las dos cartucheras, dispuestas como los tubos de una flauta del dios Pan. Un fusil corto de cañon, un puñal de larga hoja fijo en un cinturón bordado de cobre, constituyen su habitual armamento.

Algunos burreros seguían también el camino conduciendo á las próximas aldeas marítimas las producciones en frutos de todas clases, que se recogen en la zona media.

En suma, si el tiempo hubiese estado más seguro y el cielo ménos amenazador, los viajeros no hubieran tenido por qué quejarse del viaje, aun hecho en aquellas condiciones.

Á las once de la mañana llegaron á Witse, situada sobre el antiguo Pyxites, cuyo nombre griego Box está suficientemente justificado por la abundancia de aquel vegetal en sus alrededores. Allí almorzaron brevemente, demasiado brevemente para el señor Keraban, que aquella vez dió un gruñido de mal humor.

Van Mitten no encontró todavía la ocasión favorable para hablarle de su proyecto. Y en el momento de partir, Bruno, llevándolo aparte, le dijo:

—¿Y bien, señor?

—Pues bien, Bruno, en el próximo pueblo,

—¿Cómo?

—¡Sí, en Artachen!

Y Bruno, aprurada la paciencia de tal debilidad, se colocó gruñendo en el fondo de la *araba*, mientras que su amo echaba una ojeada á aquel romántico paisaje en donde se hallaba toda la limpieza holandesa unida á la belleza italiana.

En Artachen sucedió lo propio que en Witse y en Arohawa. Se relevó á las tres de la tarde: partieron á las cuatro; pero por una seria reclamacion de Bruno que no le permitía temporizar, su señor se dispuso á hacer su demanda antes de llegar al pueblo de Atina, donde se habia convenido que se pasaría la noche.

Faltaban cinco leguas para llegar al pueblo (lo que formaría una quinceana de leguas las recorridas aquel día). Verdaderamente no era poco para una sencilla carreta; pero la lluvia, que amenazaba caer, iba á retardarla haciendo el camino ménos practicable.

Ahmet veía no sin inquietud el período de mal tiempo acercarse con obstinacion. Las nubes plomizas se ensanchaban. La atmosfera pesada hacia difícil la respiracion. Verdaderamente, por la tarde ó por la no-

che una tormenta se desaharía en mares de agua. Pero pues de los primeros relámpagos, el espacio, ostentadamente turbado por las descargas eléctricas, estaba barrido por torrenciosos golpes, y la tormenta se desencadenaría sin que los vapores se resolviesen en lluvia.

Sólo tres viajeros podían ocupar la *araba*. Ni Ahmet ni Nizib podrían buscar un abrigo bajo su toldo, ya por otra parte no resistiría á los asaltos de la tormenta. Así que, tanto para unos como para otros, era urgente llegar al próximo pueblo.

Dos ó tres veces el señor Keraban sacó la cabeza fuera del toldo y miró al cielo, que se cargaba más de nubes.

—¡Mal tiempo! —dijo.

—Si, tío—respondió Ahmet.—; Si pudiésemos llegar al relevo antes que la tempestad estalle!

—Cuándo la lluvia comienza á caer te reunirás con nosotros en la carreta,

—¿Y quién me cederá su sitio?

—Bruno; ese buen hombre llevará tu caballo...

—Cierto —añadió vivamente Van Mitten, que hubiera hecho mal en recusar... por su fiel servicio.

Pero lo cierto es que no le miró al hacer esta respuesta. No se hubiera atrevido. Bruno tenía que contentarse, por lo bien que le defendía su señor.

—Lo mejor es apresurarnos —repuso Ahmet.— Si la tempestad se desencadena, el toldo de la *araba* mojará hasta no servir de abrigo.

—Apreura los caballos —dijo Keraban al postillón — y que no escaseen los litigazos.

En efecto, el postillón, que no tenía ménos deseo de llegar á Atina, no los escaseaba. Pero los pobres animales, rendidos por la pesadez de la atmosfera no podían mantenerse al trote sobre un camino nivelado todavía por el macadam (1).

¡Cuánto debieron envidiar el señor Keraban y sus suyos al *tchapar*, cuyo equipaje cruzó cerca de la *araba*, hacia las siete de la noche! Era el correo inglés, que todas las semanas transporta á Teherán los despachos de Europa. No emplea más que doce horas para el trayecto de Trebisonda á la capital de Persia con los dos ó tres caballos que le arrastran y algunos *sapties* que le escoltan. Pero en los relevos les da la preferencia antes que á cualquier viajero, y Ahmet debió temer que al llegar á Atina no encontrasen los ballos frescos.

Felizmente, este pensamiento no le ocurrió al señor Keraban.

Hubiera tenido una ocasión muy natural de justificarse de nuevo, y la hubiera aprovechado sin duda.

Por otra parte, tal vez buscarse esta ocasión hubiera, la encontró por fin, en Van Mitten.

El holandés, no pudiendo retroceder ante las promesas hechas á Bruno, se arriesgó por fin, entrando en la cuestion poco á poco. El mal tiempo que amenazaba le pareció ser una excelente excusa para entrar en materia.

—Amigo Keraban —dijo primeramente con el tono de un hombre que en vez de dar un consejo

(1) Nombre de este inventor de un sistema de nivelación de caminos y calzadas. — N. del T.

hace una pregunta—¿qué pensais del estado de la atmósfera?

—¿Qué es lo que pienso?... .

—Sí..... Ya sabeis que estamos en el equinoccio de otoño, y es de temer que nuestro viaje no esté tan favorecido durante su segunda parte como durante la primera.

— Pues bien, estarémos ménos favorecidos, hé

aquí todo—respondió Keraban secamente.—No tengo el poder suficiente para poder modificar á mi gusto las condiciones atmosféricas. Yo no mando á los elementos, Van Mitten.

— No..... evidentemente—replicó el holandés, al que este debut no alteró en nada. ¡No es eso lo que quiero decir, mi digno amigo!

— Entónces, ¿qué es lo que quereis decir?



¡Mal tiempo!—dijo.

—Que despues de todo, esto tal vez no sea más que una apariencia de tempestad ó una tempestad que pasará.....

—Todas las tempestades pasan, Van Mitten; duran más ó ménos tiempo..... como las discusiones, pero pasan..... y el buen tiempo las sucede..... naturalmente.

— Á ménos—observó Van Mitten—que la atmósfera esté cargada..... Si no estuviésemos en el periodo del equinoccio.....

— Cuando se está en el equinoccio—respondió Keraban—es necesario resignarse. Yo no puedo hacer que no estemos en el equinoccio..... ¿Parece, Van Mitten, que me lo reprochais?

—¡No!..... os aseguro..... reprocharos..... yo, amigo Keraban—respondió Van Mitten.

El negocio iba mal, esto era evidente. Tal vez, si Bruno no se hubiese hallado á sus espaldas, en donde escuchaba las graves incitaciones, Van Mitten hubiese abandonado aquella peligrosa conversacion, para reanudarla más tarde. Pero no habia medio de retroceder.

Keraban, interpeándole de una manera directa, le dijo, frunciendo las cejas:

—¿Qué teneis, Van Mitten? ¿Creeríase que teneis un nuevo pensamiento?

—¿Yo?

—¡Sí, vos! Veamos! ¡Explicaos francamente! ¡No

me gustan las personas que ponen mala cara sin saber por qué!

—¿Yo, poneros mala cara?

—¿Teneis algo por qué reprocharme? Si os he convidado á comer á Scutari, ¿no os conduzco á Scutari? ¿Tengo la culpa de que bayán rato mi carruaje en ese maldito camino de hierro?

¡Oh, sí, tenía la culpa, y nada más que él! Pero el holandés se guardó muy bien de decirselo.

—¿Tengo la culpa si el mal tiempo nos amenaza, cuando no tenemos por todo vehículo más que una araba? ¡Veamos, hablad!

Van Mitten, turbado, no sabía qué responder. Se contentó, pues, con preguntar á su compañero si contaba quedarse, fuese en Atina ó en Trebisonda, en el caso en que el mal tiempo hiciese el viaje muy difícil.

—Difícil no quiere decir imposible, ¿no es verdad? —respondió Keraban; —y como espero haber llegado á Scutari para el último de este mes, continuaremos nuestro camino, aunque todos los elementos se conjuren contra nosotros.

Van Mitten hizo un esfuerzo para llamar todo su coraje, y formuló, no sin una evidente vacilación en la voz, su famosa proposición.

—Pues bien, amigo Keraban —dijo— si no os contrariara, os pediría para Bruno y para mí el permiso..... el permiso de quedar en Atina.

—¿Me pedis el permiso de quedaros en Atina?..... —respondió Keraban recalcando cada sílaba.

—Sí..... el permiso..... la autorizacion..... porque no quisiera hacer nada sin vuestro permiso.... para..... para.....

—Para separarnos, ¿no es verdad?

—¡Oh! temporalmente..... muy temporalmente.....

—añadió Van Mitten. Estamos muy fatigados Bruno y yo. Preferiríamos volver á Constantinopla..... sí..... por mar.....

—¿Por mar?

—Sí..... amigo Keraban..... ¡Oh! ya sé que no os gusta el mar..... No digo esto por contrariaros..... Comprendo muy bien que la idea de hacer una travesía os desagrade..... Así, encuentro muy natural que continuéis siguiendo el camino del litoral..... Pero el cansancio comienza á rendirme, esta soledad tan penosa..... y..... bien mirado, Bruno adelgaza.....

—¡Ah!..... Bruno adelgaza —dijo Keraban sin volverse siquiera hácia el infortunado servidor, que con una mano febril mostraba sus vestidos flotando sobre su adelgazado cuerpo.

—Y éstas son las causas, amigo Keraban —respondió Van Mitten —por las que os ruego nos permitáis quedarnos en Atina, desde donde iremos á Europa en condiciones más aceptables. Os lo repito, nos encontraremos en Constantinopla..... ó mejor dicho, en Scutari, sí..... en Scutari, y no seré yo quien me haga esperar para el matrimonio de mi jóven amigo Ahmet.

Van Mitten había dicho todo lo que quería decir. Esperaba la respuesta del señor Keraban. ¿Habría una simple conformidad en aquella pregunta tan natural, ó se formularía en un acceso de cólera?

El holandés bajaba la cabeza sin usar lentes los ojos á su terrible compañero.

—Van Mitten —respondió Keraban con un tono más tranquilo de lo que se pudiera esperar —Van Mitten, admitiréis que vuestra proposición de extrañarme y hasta ser suficiente para provocar.....

—Amigo Keraban..... —exclamó Van Mitten que en aquella palabra creyó una violencia inminente.

—Dejadme acabar, os lo ruego —dijo Keraban. —Podeis pensar que no puedo ver esta separacion en un verdadero disgusto. Añado, que no me espanta esto de un corresponsal unido á mí por treinta años de negocios.....

—¡Keraban! —dijo Van Mitten.

—¡Eh! ¡por Allah, dejadme acabar! —exclamó Keraban, que no pudo contener aquel movimiento tan natural en él. —Pero despues de todo, Van Mitten, sois libre. No sois ni pariente mio, ni mi criado. Yo sois más que mi amigo, y un amigo puede permitirme todo, áun romper los lazos de una antigua amistad.

—¡Keraban..... mi querido Keraban!..... —respondió Van Mitten, enmudecido con aquel reproche.

—¡Os quedaréis en Atina, si os place quedarnos en Atina, ó en Trebisonda, si queréis en Trebisonda!

Y entónces el señor Keraban se recostó en su rincón como un hombre que no tiene á su lado más que personas indiferentes, extrañas, á las que solamente la casualidad las ha hecho compañeros de viaje.

En suma, si Bruno estaba encantado de la dirección que habían tomado las cosas, Van Mitten no dejaba de estar muy incomodado despues de haber proporcionado aquel disgusto á su amigo. Pero, en cambio, había logrado su objeto, aunque por un momento ocurrió la idea de retirar su proposición. Por otra parte, Bruno estaba allí.

Quedaba por resolver la cuestion de dinero, es decir, el empréstito que tenían que hacer, bien fuese para permanecer durante algun tiempo en el país, bien para continuar el viaje en otras condiciones. Ya podia haber dificultad: la importante cantidad pertenecía á Van Mitten por su casa de Rotterdam iba á ser depositada en bruce en el Banco de Constantinopla, y por lo tanto, el señor Keraban se reembolsaría de la suma prestada por medio de un cheque que el holandés le daría.

—Amigo Keraban —dijo Van Mitten, despues de algunos minutos de silencio no interrumpido por nadie.

—¿Qué hay todavía, señor? —pregantó Keraban como si hubiere respondido á algun importuno.

—¡En llegando á Atina!..... —repuso Van Mitten —al que la palabra de señor le había llegado á la razón.

—Pues bien, en llegando á Atina, —respondió Keraban —nos separaremos..... ¡Está convenido!

—¡Sí, sin duda..... Keraban!

(Se continuará.)

EL TIGRE BLANCO.

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR

LUIS BOUSSENARD.

—Tarda mucho en decidirse ese timante. Veamos —dijo interpelando al boni— sois un hombre honrado, estoy seguro, y entre personas honradas siempre es fácil entenderse.

Angosso, impasible como un *manitú* (1) de ébano, escuchaba sin interrumpir y sin comprender.

—En París se podría encontrar crédito suscribiendo pagarés, pero esta moneda no tiene curso aquí, pues los endosadores son raros. Sin embargo, si queréis admitir el pago en plata..... pagaré bien la carrera y todavía puedo daros una buena propina.

—¡Plata !..... — interrumpió Robin; — ¿ tenéis plata?

—Si, algunas piezas antiguas de cien sueldos que se puecan en mi bolsillo. Tomad — dijo enseñando al boni cinco francos; — ¿ conocéis esas medallas, señor salvaje?

—¡Oh! — gritó Angosso radiante de alegría, con los ojos dilatados hasta las sienes, las narices aplastadas contra las mejillas, la boca abierta—; eso es un rodillo !.....

—¡Hola! Conoce nuestro metal blanco este sencillo hijo de la Naturaleza. Esto marcha. En su gorgonzala llama rodillos á las piezas que le enseño; verdaderamente algunos filósofos las llaman «ruedas traseras, »

—Si, apreciable barquero, una rueda, dos ruedas, tres y aun cuatro ruedas..... Una fortuna á cambio de vuestra canoa y de vuestros servicios. ¿Os conviene?

—Señor — decía Casimiro — si tenéis sueldos marcados, dadme dos al boni y vendrá en seguida.

—Ea, mi amo, vos que conocéis la lengua de estos insulares, hacedme la merced de decir qué entienden por sueldos marcados y ruedas.

—Es muy sencillo. La unidad monetaria en Guayana es la décima, pero no esa gran pieza de diez réntimos que corre en Francia; es el antiguo *liard* frances, al que se ha dado arbitrariamente el valor de dos sueldos. A esto es á lo que llaman sueldos marcados, y como se les apila en forma de rodillos de igual modo que los luises, por eso llama Angosso rodillo á vuestra pieza de cinco francos.

— Dadme vuestros rodillos — dijo el boni — y voy con vosotros.

—Os los daré de buen grado, pero con una condicion. Dos en el acto, aquí están, y los otros dos cuando lleguemos al punto de destino. Así entiendo yo los negocios. ¿Qué decis?

Robin tradujo la proposicion de Nicolas. El boni hubiera querido los cuatro rodillos de una vez, pero el parisiense fué inflexible.

—Hijo mio, cuando tomo un coche pago la hora ó la carrera despues, nunca antes. Eso es.

Angosso chalanó algunos momentos todavia, discutió por fórmula y acabó accediendo. Tomó con alegría infantil las dos piezas, las hizo sonar volviéndolas y examinándolas, y por último las envolvió en una punta de su calimbé.

—No es tonto el vecino — dijo Nicolas — convierte el taparabos en portamoneda.

Es preciso hacer á Angosso la justicia de consignar que en cuanto quedó arreglado el contrato se puso á cumplir sus deberes. Se apresuró á empaquetar el pescado en anchas hojas colocando los paquetes en medio de la canoa, cubrió con ramaje aquella despendosa improvisada, arrolló su hamaca, tomó el pagay y se instaló en la popa acariciando el pedazo de tela que encerraba su tesoro.

—¿Vamos ya? — preguntó.

—Vamos — respondió Robin, despues de colocar á su mujer y á sus hijos tan cómodamente como lo permitia la embarcacion.

Los recursos de aquella interesante familia eran muy escasos y su nomenclatura será corta. No tenían á su alcance, como sus compañeros y antecesores los Robinson de las leyendas, un buque encallado en los arrecifes y en el cual se encuentran los objetos indispensables para la vida. Un barco es un mundo, contiene de todo, y las riquezas que encierra constituyen una fortuna para los náufragos.

¡ Pero cuán terrible es la situacion de los que en semejante país carecen de las cosas más elementales y se encuentran más pobres aún que los hombres de las épocas prehistóricas con sus armas y sus instrumentos primitivos! No se debe olvidar que entre aquellos ocho fugitivos habia cuatro niños de corta edad,

(1) *Manitú* es una divinidad tutelar que adoran los salvajes de varias comarcas de América. — (N. del T.)

una mujer y además un inválido, el pobre y anciano negro. Como objeto de primera necesidad, tenían dos cajas con algunos efectos y un poco de roja blanca, dos machetes, una hacha, un azahón sin mango, últimos restos librados del incendio de la cabaña, y una carpeta de dos cañones, regalo del capitán holandés. Las municiones consistían en dos kilogramos de pólvora, más cuatrocientas cargas y una pequeña cantidad de balas, postas y perdigones.

Necesitaban inventarlo todo y fabricarlo todo. Robin tenía muchas esperanzas y Nicolás no dudaba de nada. Sin embargo, la situación era muy crítica.

La canoa se deslizaba rápidamente sobre las tranquilas aguas, entre dos paredes de follaje en cuya fondo serpenteaba el arroyuelo. De vez en cuando un gran martín-pescador del tamaño de un pichón huía lanzando su grito breve y característico; los pájaromoscas á caza de insectos, zumbaban y rutilaban por efecto del sol, mientras que los pájaro-diablos, bulbucos y familiares como las urracas, pero tan negros como los mirlos, revoloteaban chillando. Luego, una gran multitud de plumas multicolores atravesaba pesadamente el espacio dando voces ensordecedoras: ¡para!... ¡para!... ¡arra!... El grito nos dispensa de nombrar al ave. El respetable solitario cantaba sus cuatro notas: do, mi, sol, do, con increíble afinación; el cáscico repetía su alegre llamada, el burlon se reía sarcásticamente, los macacos y los titíes se balanceaban asidos por la cola, en tanto que un mundo de cigarras, de lagostas, grillos y saltamontes se batían sus élitros furiosamente.

Á derecha é izquierda ostentaba la flora tropical sus maravillas. Había aire y luz y las flores abundaban con exceso. Sobre las anchas y largas hojas del barluru, cuyos tallos cubrían los ribazos, se destacaban las admirables flores del heliconia, de pétalos alternos con reflejos de púrpura; el árbol del cacao en esta lo salvaje; la espléndida *padura aquática*, llamada así á causa de la semejanza de su fruto con el árbol del cacao, surgía de las aguas tan tanto salobres todavía. Los viajeros no podían sustraerse á la contemplación de aquellas hermosas flores cuyos estambres numerosos, suaves, finos, plácidos impalpables, de más de treinta centímetros de longitud, se elevan como penachos de plata y de coral. Y aquellos colosales como el wapa de rojas flores dispuestas en espigas relucientes, el ébano verde cubierto de pétalos dorados bajo los cuales desaparecían las hojas como los cabellos de una bayadera bajo los brillantes zequines, el palusato con su olorosa savia, el minuart de calado tronco y semejante á un haz de eslabones, el icocariba, de balsámicos efluvios; el ornamental (*cardaria guyanensis*) en su copa graciosamente redondeada y sus grandes flores plateadas con nacarados reflejos de púrpura en puntitos axilares, de fruto leñoso, pentágono, de epículo ensanchado forma la una cabeza cuya extrema conformación recuerda la figura de un gran clavo, por lo que se denomina vulgarmente clavo de Cristo; los sinucos los carúas, las caubas, los saefras, los simucubas, los girones, los vacapas, los maderas de rosa, maderas de violeta, los carapatus, los cupios, los itaibas,

los genipas, los mahotes, los boelus, los agrovos, etcétera....

Todas aquellas maravillas vegetales, apretadas en la base, confundidas en la cima, encauchadas por los bejucos y cubiertas por las plantas parásitas, parecían doblarse bajo el peso de la vegetación suplementaria que las invadía. Orquídeas, bromelias, aráceas (1) agarradas á las ramas, incrustadas en las cortezas, exponían los fantásticos matices de su inagotable caja.

El proscrito no tenía tiempo para alzar, al pasar, los miembros de aquellas plantas. Quisiera sido presabajar á cada instante y recoger algunos tipos, pero Casimiro y Angosso no participaban de esta opinión. Encorvados sobre sus paguyes, bogaban con energía como si tratasen de huir ante aquel espectáculo encantador. Nada pudo convencerlos, ni súplicas, ni amenazas.

— No queremos ir—gruñó Angosso, cuya piel bambeaba como una caldera.

— Huyamos—repetía el deproso—huyamos nos depriso que un kariaku.

— ¿Por qué? ¿Estamos en peligro? ¿Qué sucede? Habla, amigo mío.

— Ah, compadre! Si no huimos nos hará la febre. Este país es muy malsano. En este sitio moriríamos todos.

Robin se estremeció. Sabía que en ciertos puntos es tal la influencia de los efluvios pantanosos, que basta permanecer algunas horas en ellos para contraer las calenturas perniciosas.

En efecto, le parecía que aspiraba un olor particular, empalagoso, como de vegetales en descomposición. Invisibles vapores de fungo flotaban en la atmósfera espesa, nunca renovada por la brisa, vapores que matan á los hombres y vivifican á las flores. Aquella tierra pútrida que á un mismo tiempo exhalaba niásmas y perfumes, despedía un halito de muerte.

La piragua volaba sobre las pesadas ondas, estancadas como las de un lago de asfalto y saturadas de residuos impalpables.

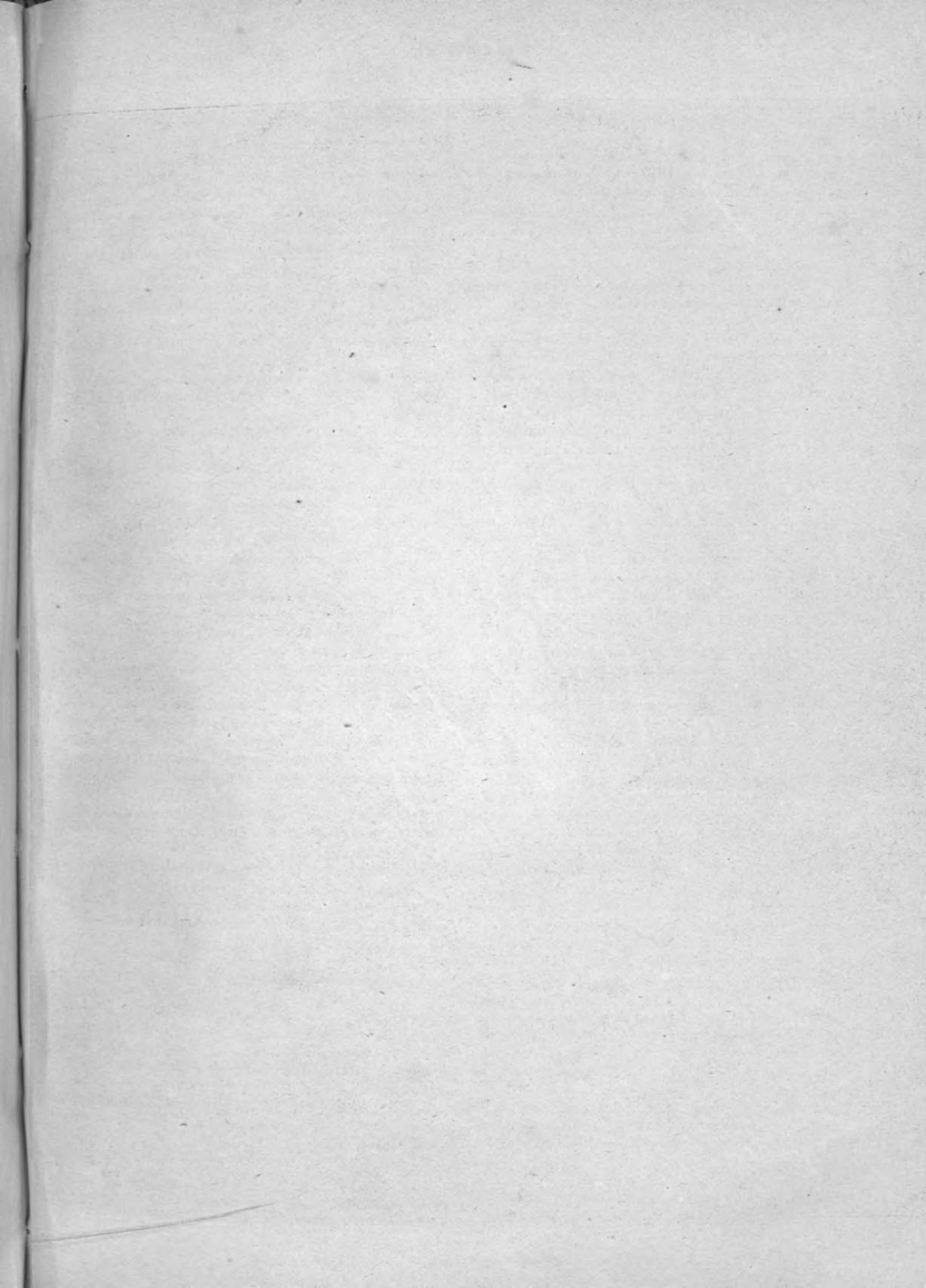
Sobrado justo y legítima, dice elocuentemente el admirable Michelet, es la vacilación del viajero al entrar en aquellos terribles bosques en que la naturaleza tropical, bajo formas encantadoras, realina su más tremendo combate.

El peligro es mayor acaso en aquellos bosques vírgenes en donde todo habla de vida, en donde se oía eternamente el crisol de la Naturaleza.

Acá y acullá las espesas tinieblas aumentan bajo una triple bóveda formada, ya por árboles gigantes, ya por sólidos de bejucos, ora por hierbas de treinta pies de longitud, ora por hojas de colosal tamaño. Á trechos estas hierbas se sumergen en el azulado fungo, mientras que á cien pies de altura por encima de la oscuridad sufren los ardientes rayos del sol altivas y espléndidas flores.

En los claros, en los estrechos sitios donde pen-

(1) Las aráceas son las únicas que en el reino vegetal poseen la curiosa propiedad de desprender durante su florecencia un líquido que puede apreciarse con el termómetro.





ALEGORÍA DE LA PASCUA DE RESURRECCION.—(COMPOSICION Y DIBUJO DE DANIEL FEREA.)

en la luz del astro del día, reina un centelleo y un cuadrado etéreo causado por escarabajos, mariposas, pájaros-moscas, colibríes que se agitan sin cesar. Durante la noche cambia la escena y comienza la iluminación fantástica de las luciérnagas, que por miles de millones forman arabescos que parecen trazados por las hadas, y juegos de luz imposibles de describir.

Con todo aquel esplendor, en la parte baja huila un pueblo oscuro, un mundo repugnante de caimanes, culebras de agua. Las extrañas orquídeas, hijas profligadas de la fiebre y del aire corrompido, mariposas vegetales, cuelgan de los anárquicos troncos de los árboles y parecen volar. En aquellas mortíferas soledades se deleitan, se baten en los mismos púidos, hacen la muerte que constituye su vida y deitan por el capricho de sus raras colores la embriaguez de la Naturaleza.

No acumuláis defensas, no os dejéis seducir por el encanto. El peligro os rodea bajo cien diversas formas. En la corola de esas flores están ocultos la fiebre amarilla y el vomito negro, á vuestros pies se arastran los reptiles; si cedéis á la fatiga, un silencioso ejército de implacables anatómicos tomará posesión de vuestro cuerpo y un millón de lancetas convertirá vuestros tejidos en un encaje admirable, una gasa, un sople, nada.....

Los viajeros aceleraban su marcha, pues debían cruzar aquella zona pantanosa antes del anochecer. Hubiéralos sido casi imposible tomar tierra y abrirse paso á travas de las malezas. De aquel terreno húmedo y blando, capaz de devorar un campamento, se elevaba en las nocturnas horas la opaca niebla cuyas mortales emanaciones han recibido el nombre de *Salaria de los europeos*.

Después de huir de los hombres era preciso huir de los mismos. ¡Cuán largas y dolorosas son esas horas, pasadas entre dos paredes vegetales recalentadas, en un arroyo que parece hervir bajo un cielo azul pálido calentado por el sol del Ecuador! Los labios se aperturaban, la boca abrasa y el pulmón no puede aspirar aquel aire de horno de fundición; sobreviene una dyspnea inaguantable, acompañada de zumbido en los oídos y de oscuridad en la vista. Aunque no se haga el menor movimiento, un sudor, cuya abundancia no es concebible, envuelve el cuerpo, fluye desde la frente sobre los ojos, cae en la boca y se deliza por el tronco, impregnando los vestidos para evaporarse después.

El hombre más enérgico no puede menos de presentarse con terror aquel aniquilamiento, aquella evaporación de su ser. Comprende que disminuyen sus fuerzas, tiene conciencia del rápido desgaste de su organismo, se hunden sus mejillas, tórnase lívida su piel, y se ve acometido por la anemia.

Los Robinsones grandes y pequeños sufrieron valientemente aquella prueba. Es inútil decir que el boni y Casimiro, disfrutando de las inmundades peculiares de la raza negra, parecía que no sentían el calor y maniobraban en aquella estufa como dos salamandras humanas. Robin, á pesar de su vigor, tuvo que dejar el pagay.

Por fortuna cayó una copiosa lluvia que refrescó

la atmósfera y las capas de aire, azotadas por el granizo, se hicieron al poco tiempo respirables, y un suspiro de satisfacción brotó de todos los pechos.

El arroyo se internaba siempre hacia el Oeste, se modificaba la calidad del terreno y cambiaban las especies vegetales. Á las orillas planas, húmedas, invadidas por las plantas acuáticas, sucedieron zonas de arcilla mezclada con areniscas ferruginosas, y masas de granito que rompían aquí y allá las rocas dioríticas. Las aguas, que acarreaban con abundancia el óxido de hierro, estaban fuertemente teñidas de rojo. De los intersticios de las rocas brotaban derechos y rígidos los largos tallos cuadrangulares del *euphorbia cactiformis* erizados de espinas, el inmenso penacho de la pita, con sus flores verdosas y amarillentas que brotan de un montón de hojas anchas, gruesas, carnosas, de dos metros de largas y terminadas en puntas, que son verdaderos dardos. Algunos iguanos gigantes, con sus costados de color de esmeralda, brillaban inmóviles sobre las rocas, viendo pasar con mirada triste la tripulación de la *Esperanza*.

Angosso dejó el pagay, tomó su arco, oyóse un silbido agudo, y uno de aquellos inofensivos saurios cayó de espaldas, traspasado por el triple dardo de una larga flecha cuya asta era de *gynerium*.

Esta proeza del diestro cazador rompió el marasmo; parecía que cada cual se despertaba; los niños aplaudieron y Nicolás gritó:

— ¡Bravo! ¡Pronto habeis despachado! Asqueroso animal.

— Sí, asqueroso, pero muy bueno para comer.

— ¡Oh! papá — dijo Enrique — ¿se comen los cocodrilos?

— No es un cocodrilo, hijo mío, sino un iguano, especie de lagarto grande, inofensivo, pero cuya carne es excelente y con el cual nos regularémos esta noche, ¿No es verdad, Angosso?

— Sí señor — respondió el boni saltando á tierra; — ese animal está muy bueno asado.

Robin saltó á su vez y miró á todas partes. El riachuelo formaba un brusco recodo y se dirigía casi en ángulo recto hacia el Norte. Desde aquel punto, elevado algunos metros sobre el nivel del agua, y á travas de una escotadura determinada por un capricho de la corriente, descubrió el proscrito una colina azulada distante algunas leguas. Prestó atento oído y creyó oír el sordo murmullo de una cascada.

— ¡Oh! ¡sería demasiada felicidad! ¡Una montaña cuya cima es inaccesible á los miasmas, refrescada por la brisa y un torrente que corre por su falda! ¡Hijos míos, todos estamos salvados! Antes de dos días habrán terminado todos nuestros sufrimientos.

El arroyo se ensanchaba por segunda vez, formando un lago más extenso que aquel en donde se verificó la pesca milagrosa. Un ancho dique de rocas le cerraba oblicuamente. Las olas se rompían con sordo rugido contra las agudas puntas y rodaban sobre las negruzcas cimas latándolas sin cesar. Por todas partes surgían enormes y oscuras masas cuyos costados estaban cubiertos de espuma, tapizados de musgo y erizados de plantas carnosas.

Levantábase aquel dique como una barrera infron-

queable de trescientos metros de largo por cuatro metros de altura media. A cada lado se extendían á gran distancia *pripria* ó sabanas inundadas, con su insondable y fangoso fondo, sus gigantescas hierbas, sus tornasoladas aguas y su poblacion de culebras acuáticas, caimanes y anguilas eléctricas.

Parecía que la comunicacion estaba interceptada entre la parte superior y la inferior del riachuelo. Muro ó cascada; el obstáculo era continuo, excepto en un punto en que se hallaba cortado por una brecha como de un metro de anchura, por la cual se precipitaban las aguas con loca impetuosidad.



Se usó lentamente, con un vigor y una destreza que hubiera causado envidia á un gitano.

—Si consiguiéramos salvar esa barrera, estaríamos resguardados de cualquier visita intempestiva — dijo Robín al calor de un momento de meditación. — ¿Pero podremos pasar?

— Podemos pasar muy bien — repuso el boni con acento de seguridad. — Angosso pasa por todas partes.

— ¿Y cómo te arreglarás?

— Ese es asunto mío, señor. Vos pasaréis, y la señora, y los niños, y ese señor blanco — señalaba á Nicolas — y el viejo leproso.

Para dar más solemnidad á su operacion, rogó Angosso que guardáran silencio, y todos se callaron. Al intentar aquella aventura se corrió un gran peligro. Entre todos los habitantes del Maroni acaso sería el boni el único capaz de realizarla con éxito. La canoa milla la corriente, y Robín, así como Nicolas y Casimiro, se asieron con gran fuerza á las puntas de las remas manteniéndola quieta al pié de la muralla de granito. Angosso, sin decir una palabra y despues de desdorar su hamaca á la cintura, se izó lentamente con un vigor y una destreza que hubiera causado envidia.

dia á un gimnasta. Agarrándose con los pies, con las manos y hasta con las uñas á las anfractuosidades de las peñas, llegó á la cúspide después de un cuarto de hora de un trabajo sobrehumano.

Sin pérdida de tiempo y sin restañar la sangre que brotaba de su torso y de sus miembros desgarrados, desarrolló su hamaca, sujetó las amarras á un pico de la roca y la dejó colgar en el vacío.

—Subid— dijo á Nicolas señalando el pesado y espeso tejido de algodón que parecía una inmensa honda.

—¡ Ah! ¡ Soy yo quien va á ensayar el aparato!— replicó el parisiense.— Está bien. Á la una..... á las dos..... ahora verá el....

Antes de acabar la frase y con gran asombro del negro, se izó en tres tiempos con la agilidad de un camadrmano, situándose en la roca al lado suyo.

—Nosotros somos así—dijo contoneándose.— Con un ojillo de bramante somos capaces de subir á las torres de Nuestra-Señora..... Ahora, vos, mi amo.

—No; el tigre blanco, no. Poned á la señora en la hamaca; así.... eso es.

La señora Robin fué subida muy despacio por los dos hombres, que rennieron todas sus fuerzas, y medio minuto después se encontraba tambien en lo alto del arrecife. Lo mismo se hizo con los niños. Robin no podía repetir la maniobra, pues sus esfuerzos combinados con los de Casimiro, no eran suficientes para retener la embarcación cargada de provisiones y á punto de ser arrastrada por la corriente. Bajó Angosso, volvió á colocarse en la proa de la piragua, diciendo á Robin que se uniera á los suyos y que subiese al anclano.

Ya estaban juntos en aquel angosto espacio, rodeados por las embravecidas aguas, esperando con angustia que terminase su faena el boni, quien reteniendo la barca con una mano y cogido con la otra á una rula, luchaba contra la corriente.

—¡ Echadme las cuerdas de la hamaca.

Comprendiendo Robin lo que se proponía hacer, unió las amarras, arrojó al negro una de las puntas y cogió la otra entre sus manos.

—¡ Sujeta bien, Nicolas. Nos va en ello la vida.

—No tengas miedo, mi amo. Primero me arrancará el brazo que moverme de mi sitio....

Angosso ató la cuerda á la embarcación y quiso meter el esquite por el estrecho canal. Los dos blancos, de pie en el mismo borde de la cortadura, tiraban lentamente, mientras el negro, siempre impasible, hundía su tacari en las aguas, que á cada instante amenazaban sumergirle. Un golpe en falso, un segundo de vacilación y todo había concluido. La amarra, tirada hasta no poder más, parecía que iba á romperse. El boni vió el peligro y se propuso pasar á un cuando se le destrozase el pecho por el choque del tacari. El valiente mozo concentró su incomparable vigor en un último y formidable esfuerzo; se echó hacia atrás, dejándose caer á cuerpo descubierto sobre aquel palazo de madera que se dobló como un arco bajo la mano del cazador.

Aun á riesgo de romper la amarra, los dos blancos le imprimen una brusca sacudida; el tacari se ende-

reza sin que vacile el torso del atlético negro, y la barca, lanzada hacia adelante por aquel irresistible impulso, vuela furiosamente, desaparece por un instante en el torbellino de espuma, para reaparecer al punto después de salvar la cascada.

Cinco segundos más tarde, el valiente Angosso llegaba junto á nuestros amigos dando un prolongado grito de triunfo. Acaba de verificar una de esas hazañas que sólo ejecutan los negros de la alta Guayana. Para comprender mejor la dificultad casi insuperable de semejante empresa, conviene saber que la barrera no tenía más de cinco metros de anchura y su altura pasaba de tres.

El sol llegaba á su ocaso y se decidió pernoctar en las rocas, eligiéndose un sitio limpio sobre el cual se extendieron las hojas que formaban el toldo de la *Esperanza*, y cada cual se durmió después de comer un buen trozo de pescado curado.

Al amanecer del siguiente día se puso la proa hacia la montaña descubierta el día anterior en lontananza, se cruzó el lago y pronto llegaron á la orilla, pues la proximidad de la tierra daba nuevos bríos á los bogadores de la canoa.

Por un singular fenómeno volvió á experimentar la vegetación una segunda metamorfosis. En el fondo de una caleta se elevaban grandes palmeras que parecían cocoteros. Algunos bananos mostraban da igual modo su penacho de inmensas hojas, y además otros árboles, bien diferentes de los que suelen encontrarse en los bosques, bajaban hasta la tierra sus ramas que salían de los troncos, bajos y rechonchos.

Vegetales parásitos, hierbas gigantes, bejucos inextricables, plantas verdes y espesas como murallas, tupidas y apretadas como el trigo, alfombraban el suelo en extraordinaria profusion, no dejando ver más que la parte superior de los árboles descubiertos por los viajeros.

Finalmente, una garganta que tenía la figura de un triángulo isósceles, cuyo vértice se apoyaba en la cima de la colina y la base en la caleta donde flotaba la *Esperanza*, parecía estar practicada á través de los gigantes árboles del bosque virgen. Multitud de plantas cuya especie era imposible determinar á causa de la distancia, se extendía en aquella vertiente como un tapiz, ofreciendo á la vista todos los tonos del verde, desde el pálido de la caña de azúcar hasta el oscuro de la yuca.

—Temo equivocarme—dijo Robin— pero esos árboles que solamente se encuentran en los grandes bosques cuando los ha llevado la mano del hombre, esa invasión de las parásitas en un terreno desmontado, esa falda del monte desprovista de arboleda..... todo parece indicar que este sitio no ha estado siempre desierto.

—Casimiro.... ¿no crees que tenemos en frente un huerto antiguo?

—Sí, con padre; eso es, un huerto antiguo.

—Querida esposa, queridos hijos, no me engañé ayer antes de cruzar la corriente. Este rincón escondido ha estado habitado antes de ahora, sin duda hace mucho tiempo, por hombres que entendían maravillosamente el cultivo. Hoy se halla abandonado, y

nosotros debemos aprovechar las riquezas que contiene.

La piragua atracó en seguida en un pequeña playa sombreada por espléndidos cocoteros y cuyo suelo había sido felizmente respetado por las plantas vívaces.

Auxiliado Angosso por Robin y Nicolas, se apresuró á construir dos chozas, una de las cuales debía servir de abrigo provisional á la familia y la otra de almacén de provisiones. En ésta se colocó el pescado ahumado, y luego se celebró consejo para decidir lo que se debía hacer. La conferencia dió principio con una interpelación de Enrique.

— Padre — dijo el niño — ¿qué es un huerto?

— Desde que eres un buen Robinson y un atrevido viajero en los bosques, habrás observado que no todos esos grandes y hermosos árboles de la selva virgen producen frutos alimenticios, y que es imposible plantar ó sembrar en el suelo donde crecen.

— Si, padre, pues las plantas no tendrían sol.

— Perfectamente. ¿Qué hace el hombre acometido siempre por la imperiosa necesidad de comer? Toma un hacha, derriba esos gigantes y limpia un trozo de terreno. Al cabo de seis meses está seca la madera, la prende fuego, y el suelo, ya regenerado, se halla en disposición de recibir el árbol frutal ó el grano alimenticio.

— ¡ Ah! Ya comprendo. También se llaman *talas* á esos campos, porque ha sido necesario talar primero los árboles que en ellos crecían.

— Eso es; la acción designada por el verbo ha subsistido y sirve para denominar, no sólo el terreno libre, sino también al campo sombreado y plantado.

— Me parece, mi amo — dijo á su vez Nicolas — Por lo que veo no hacen falta carretillas, rastrillos, abonos, ni siquiera un azadón. Basta un pedazo de madera puntiagudo y un aguijero en el suelo; el sol y la lluvia se encargan de lo demás.

— Pero olvidáis las dificultades que resultan de la tala de los árboles.

— ¡ Bah! Con una buena hacha se juega ahí dentro una partida de bolas y ruedan que es un gusto.

— Ya me lo diréis dentro de pocos días; y observad que nuestra tarea será relativamente fácil, pues no consistirá más que en reconquistar de las plantas salvajes este huerto abandonado desde hace diez años por lo ménos.

— Sabed, amigos míos, que nuestra nueva propiedad está admirablemente situada y muy bien provista de plantas — continuó el proscrito, haciendo con la mirada una especie de inventario de los vegetales esparcidos en torno.

— ¿ Hay árboles de pan? — preguntó Nicolas, que tenía particular predilección por los extruños frutos que constituyen solos un manjar.

— Si, los hay — repuso sonriéndose Robin; — veo también guayabos, papales de Guyana, zapoteros, pimientos, moscaditas, manzanos, naranjos, limoneros....

— Esto es un paraíso, el Paraíso terrenal — gritó Nicolas entusiasmado.

— Olvidas el algodón — dijo á su marido la señora Robin, que deshilaba entre sus dedos una zarza sedosa desprendida de un arbusto de siete á ocho piés de altura, adornado con flores de color amarillo pálido manchadas de rojo.

— ¡ Algodón!.... Tu descubrimiento es un tesoro, querida esposa. Podemos estar tranquilos en cuanto á los vestidos. Este tipo es admirable; es el *gossypium herbaceum*, una de las especies más robustas y cuyo crecimiento es muy rápido.

— Ea, no hay que perder tiempo, y es necesario aprovechar la presencia de Angosso. Vamos á verificar una exploración con Casimiro; vos, Nicolas, permaneceréis junto á la señora y los niños, y aunque no existe peligro alguno, no los abandonéis ni un momento. Además, ahí queda mi carabina. (Se recamando, hijos míos, que no os mováis; acaso esté oculta no lejos de aquí alguna serpiente cuyo encuentro sería terrible.

— Mi amo, contad conmigo. Estaré de centinela hasta que me releven.

Los tres hombres se armaron cada uno con su machete. El boni tomó además un hacha. El proscrito abrazó á su mujer y á sus hijos, dió un apretón de manos al parisiense, y un instante despues se internaban en las malezas abriéndose paso á machetazos.

Trascurrió el día sin que ocurriera nada notable, y ya iba á desaparecer el sol cuando volvieron los expedicionarios con la ropa destrozada y la cara y manos llenas de heridas, pero en sus semblantes se palpaba la alegría. Fuera curioso describir el placer con que se comió el pescado ahumado, así como las batatas y los bananos que habían recogido. Nicolas comió por fin las delicias del árbol del pan, pero no dejó de sufrir una decepción. Esperaba otra cosa, y aun cuando no estaba malo del todo, tenía cierto gusto....

— Y bien — preguntó Robin en cuanto se aplacó el hambre; — ¿ cómo se han portado nuestros Robinsones?

— Nuestros Robinsones — respondió la madre — han sido muy buenos. ¿ Han estudiado, sí, han estudiado? No quieren ser ignorantes, ni salvajitos blancos.

— ¿ Y qué han hecho nuestros sabios?

— Han hecho una Geografía.

— Geografía querrás decir.

— No, amigo mío, sostengo la palabra. Una Geografía. A cada uno lo suyo. Enrique, que puede reclamar la paternidad de la idea, será el primero que hable. Enrique, ¿ cómo se llama el arroyo á donde llegamos despues de cruzar el salto Hornúno?

— Se llama el arroyo *Niku*, en memoria de Robiña Niku.

— Edmundo, ¿ qué nombre has dado al lago que atraviesa?

— El lago *Balata*.... en recuerdo de la buena leche que hemos bebido.

(Se continuará.)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LÓPEZ.

Al salir de Corbeil íbamos perfectamente equipados; pagadas todas nuestras compras y con treinta francos en el bolsillo; pues nuestras representaciones habían sido muy fructíferas; el repertorio que teníamos estaba organizado de tal modo que podíamos permanecer varios días en un mismo punto sin repetirnos demasiado; en una palabra, nos entendíamos de tal manera Mattia y yo, que parecíamos hermanos.

—¿Sabes— me decía riendo algunas veces— que es muy raro encontrar un director de compañía como tú que no pega?

—¿Estás contento?

—¡Contentísimo! Es la primera vez de mi vida, desde que salí del pueblo, que no echo de ménos el hospital.

Aquella situación próspera me inspiró ideas ambiciosas.

Desde Corbeil nos dirigimos á Montargis, siguiendo el camino que nos habíamos trazado para ver á la tía Barberin.

Al ir á su casa para darla un abrazo, saldaba con ella mi deuda de gratitud; pero verdaderamente no podía ser de una manera más mezquina.

¿Si pudiera llevarla alguna cosa!

Puesto que era rico, debía hacerla un regalo.

¿Qué la regularía?

No me costó mucho trabajo averiguarlo. Había una cosa que la haría completamente feliz, no sólo para el presente, sino para su ancianidad: una vaca que remplazase á la pobre *Roussette*.

¿Cuán alegre se pondría si yo pudiera llevarla una vaca, y al mismo tiempo, qué satisfacción para mí!

Antes de llegar á Chavanon compraría una vaca, y llevándola Mattia por el ramal, la haría entrar en el corral de la tía Barberin. Es de suponer que su marido no estaría allí. «Mme. Barberin, díra mi compañero, os traigo una vaca.»—«¡Una vaca! Estais equivocado, hijo mio» (aquí daría un suspiro).—«No estoy equivocado, señora. ¿Sois efectivamente Mme. Barberin de Chavanon? ¡Pues bien! Á madame Barberin es á quien me ha dicho el príncipe (como en los cuentos de hadas) que ofrezca esta vaca.»—«¿Quién es ese príncipe?» En este momento me presentaría yo, arrojándome en los brazos de la tía Barberin, y, despues de darnos muchos besos, haríamos bollos y tortas que comeríamos los tres y que no probaría Barberin, como aquel martes de Carnaval

cuando tiró la pasta que tenía la sartén, echándose la manteca en su sopa con cebollas.

¡Qué sueño tan hermoso! Mas para realizarlo faltaba que pudiéramos comprar una vaca. ¿Cuánto costaría? No tenía la menor idea del valor de una vaca, pero indudablemente debía ser muy elevado.

Yo quería que el animal no fuese demasiado grande, porque costaría más, naturalmente, y porque cuanto mayores son las vacas más alimento necesitan, y no debía ocasionar con mi regalo un gasto excesivo á la tía Barberin.

Lo que me interesaba, por el momento, era conocer el precio de las vacas, ó mejor dicho, el precio de una vaca como yo la quería.

Afortunadamente, no me sería difícil averiguarlo, porque á causa de nuestra vida en las carreteras y en las noches que pasábamos en las posadas, encontrábamos conductores y traficantes de ganado; así, pues, era muy sencillo preguntar el precio de las vacas. Pero la primera vez que dirigí mi pregunta á un vaquero, cuyo aspecto de hombre honrado me agradó en cuanto le vi, recibí por toda respuesta una carcajada estrepitosa. Luego me volvió la espalda arrellanándose en su silla y dando formidables puñetazos en la mesa para llamar al posadero.

—¿Sabeis lo que me pregunta este chiquillo? Cuánto cuesta una vaca que no sea muy grande, muy grande, una buena vaca, en fin. ¿Es preciso que sea una vaca sabia?

Empezó á reír de nuevo, pero yo no me desconcerté.

—Es preciso que dé buena leche y que no coma demasiado.

—¿Y que se deje llevar con una cuerda por las carreteras, como vuestro perro?

Despues de agotar todo el repertorio de sus chanzonetas y de desplegar su ingenio, tuvo á bien responderme seriamente y entrar en discusión conmigo.

Por casualidad tenía lo que yo deseaba: una vaca mansa, que daba gran cantidad de leche como la nata, y que comía poco; si quería ponerle sobre la mesa quince pistolas, ó lo que es igual, cincuenta escudos, la vaca era mia.

Casi el mismo trabajo que me costó hacerle hablar al principio, tuve que emplear para que callase cuando empezó á charlar.

Por fin pudimos acostarnos, y entonces tuve tiem-

po para reflexionar acerca de la conversacion que acababa de tener.

Quince pistolas, ó cincuenta escudos, hacian ciento cincuenta francos, y me hallaba muy léjos de poseer aquella cantidad.

¿Sería imposible ganarla? Pensé que no, y que si nos acompañaba la suerte de los primeros días podría reunir, sueldo á sueldo, aquellos ciento cincuenta francos. Pero hacia falta mucho tiempo. Entónces tomó cuerpo en mi imaginacion la idea de ir antes á Varses que á Chavanon, lo cual nos daría el tiempo de que carcerizamos siguiendo el camino directo.

Era necesario que fuésemos primero á Varses, y á la vuelta veríamos á la tia Barberin; para entónces

ya tendría mis ciento cincuenta francos y podríamos representar mi comedia de magia *La Vaca del príncipe*.

Por la mañana participé á Mattia mi propósito, al cual no tuvo nada que oponer.

—Vamos á Varses— dijo— son muy curiosas las minas, y acaso podré visitarlas.

CAPÍTULO XXIII.

UN PUEBLO NEGRO.

El camino de Montargis á Varses, que se halla en medio de los Cevennes en la vertiente de la cordillera inclinada hácia el Mediterráneo, es sumamente largo



La vaca del príncipe.

quinientos ó seiscientos kilómetros en línea recta y más de mil á causa de los rodeos que nos imponía nuestro género de vida. Teníamos que buscar ciudades y pueblos grandes para dar representaciones provechosas.

Tres meses empleamos en recorrer aquellos mil kilómetros; pero cuando llegamos á Varses tuve la satisfaccion de ver, al contar mi dinero, que no habíamos perdido el tiempo: en mi bolsa de cuero tenía ciento veintiocho francos; no me faltaban más que veintidos para comprar la vaca de la tia Barberin.

Mattia estaba casi tan contento como yo y hasta cierto punto orgulloso por haber contribuido á ganar aquella cantidad. Y realmente le pertenecía una parte muy considerable de la gloria, pues sin él, y sobre todo sin su conetín de piston, jamas hubiéramos podido *Capi* y yo reunir ciento veintiocho francos.

De Varses á Chavanon podíamos ganar fácilmente los veintidos francos que nos faltaban.

Varses, á donde acabábamos de llegar, era hace unos cien años una pobre aldea perdida en la sierra y conocida únicamente porque muchas veces habia servido de refugio á los *Hijos de Dios*, capitaneados por Juan Cavalier. Su situacion en medio de la montaña la convirtió en un importante puesto de guerra en las luchas de los *Camisardos*. Pero esta misma posicion fué la causa de su pobreza. Por los años de 1750, un antiguo hidalgo que sentia pasion por las

excavaciones, descubrió en Varses unas minas de carbon de piedra, y desde aquel tiempo se ha trocado el distrito en una cuenca hullera que con Alais, Saint-Gervais y Pességes, proveen la parte Sur de Francia y tienden á disputar en el mercado del Mediterráneo la supremacia á los carbonos ingleses. Cuando comenzó sus investigaciones todo el mundo se burlaba de él, y luego que llegó á una profundidad de 150 metros sin haber encontrado nada, se hicieron activas diligencias para encerrarle en un manicomio, prohibiéndole á consumir su fortuna en aquellas excavaciones insensatas. Varses tenia en su territorio algunas minas de hierro, pero nunca podrian encontrarse allí de carbon de piedra. Sin contestar á nadie, y á fin de sustraerse á la rechilla general, el viejo hidalgo se instaló en su pozo, negándose á salir de él; allí conía y allí dormia, y de este modo no tenía que soportar más que las dudas de los obreros que le ayudaban. Á cada golpe de pico encogianse de hombros; pero excitados por la fe de su amo valian al trabajo y ahondaban más y más el pozo. Á los 200 metros se encontró una capa de hulla: el hidalgo dejó de ser un loco y fué un hombre de genio; de la noche á la mañana se completó la metamorfosis.

Hoy es Varses una poblacion de 12,000 habitantes, que tiene ante sí un gran porvenir industrial y que, por el momento, en union de Alais y de Besseges, es la esperanza del Mediodia.

Lo que constituye y lo que hará la fortuna de Varses es lo que se encuentra debajo de tierra y no lo que está encima. En la superficie el aspecto general es triste y desconsolador: por todas partes la esterilidad; el arbolado se reduce á unos cuantos castaños, escasas moreras y esmalidos olivos; nada de tierra vegetal, sino, donde quiera que se dirige la vista, piedras grises ó blancas; tan sólo donde el suelo tiene alguna profundidad y permite penetrar al agua surge una vegetación lozana que se destaca agradablemente sobre la aridez del paisaje.

De aquella falta de vegetación resultan inundaciones terribles, porque cuando llueve corre el agua por las desnudas laderas como correría por el empedrado de una calle, y los arroyos, generalmente secos, se convierten en torrentes, que en pocos minutos hacen desbordarse á los ríos, anegando todo cuanto encuentran; por momentos se ve subir el nivel del agua á tres, cuatro y cinco metros sobre su altura ordinaria.

Varses está colocada junto á uno de aquellos ríos que se llama el Divonne, y el cual recibe en el interior de la población dos torrentes, el del barranco de la Truyère y el de Saint-Andeol. La población no es hermosa, ni limpia, ni de regular estructura. Los wagones, cargados de mineral de hierro ó de hulla, que circulan desde por la mañana sobre sus rails en medio de las calles, van sembrando continuamente un polvo rojo y negro, que en los días de lluvia forma un barro líquido y profundo como el de un pantano; cuando hay sol y viento se levantan torbellinos que se arremolinan en las calles y se olivan sobre la población. Las casas están negras de arrilla abajo, á causa del barro y del polvo que desde la calle sube hasta el tejado; todo es negro: el suelo, el cielo y aun las aguas que arrastra el Divonne. Las personas que circulan por las calles están más negras que todo cuanto las rodea; los caballos negros, los carruajes negros, las hojas de los árboles negros; parece que una nube de hollín se cierne durante el día sobre el pueblo, ó que una inundación de betón la ha cubierto hasta los caballetes de los tejados. Las calles no se han hecho para los viandantes ni para los coches, sino para los caminos de hierro y los wagones de las minas; en el suelo no se ve otra cosa más que rails y plataformas giratorias; sobre la cabeza, puentes, correas, árboles de trasmisión que giran produciendo un ruido infernal. Los vastos edificios por cuyo lado se pasa, tiemblan hasta los cimientos, y si se mira por las puertas ó por las ventanas, se ven masas de hierro en fusión que circulan como inmensos bolidos, martillos que despiden á su alrededor una lluvia de chispas, y por todas partes émbolos de máquinas de vapor que bajan y suben con perfecta regularidad. Ni monumentos, ni jardines, ni estatuas en las plazas públicas; todo se parece y todo está construido con arreglo á un mismo tipo, el cubo; las iglesias, el tribunal, las escuelas, son otros tantos cubos más ó menos agujereados por las ventanas, según las necesidades.

Cuando llegamos á las cercanías de Varses eran las dos de la tarde, y un sol radiante brillaba sobre el puro azul del cielo; pero á medida que avanzába-

mos se oscurecía la luz; entre el cielo y la tierra había interpuesta una nube de humo que se arrastraba pesadamente, desgarrándose al tropezar en las altísimas chimeneas. Desde una hora antes de llegar ya se oían unos poderosos ronquidos y un rumor semejante al del mar mezclado de sordos golpes: los ronquidos se producían por los ventiladores y los golpes por los martillos de vapor.

Sabia que el tío de Alexis era minero en Varses y que trabajaba en la mina de la Truyère, pero no sabía más. ¿Viviría en Varses ó en las cercanías? Lo ignoraba.

Al entrar en Varses pregunté dónde estaba la mina de la Truyère, y me enviaron á la orilla izquierda del Divonne, en un vallecito cruzado por el barranco que da nombre á la mina.

Si el aspecto de la población es poco seductor, el de aquel valle no puede ser más lúgubre; un anfiteatro de áridas colinas, sin árboles, sin hierbas, con algunos prolongados regueros de piedras grises que se extienden sobre la roja tierra; á la entrada de aquel valle se ven los edificios que sirven para la explotación de la mina, cobertizos, cuadras, almacenes, oficinas y las chimeneas de las máquinas de vapor; y luego por todas partes montones de carbon y de piedras.

Estábamos muy cerca de aquellas construcciones cuando vimos que una mujer joven, de aspecto distraído, con el cabello suelto sobre los hombros y llevando de la mano un niño, se puso delante de nosotros y me detuvo.

—¿Queréis decirme dónde hay un camino fresco? — dijo.

Yo la miré lleno de asombro.

—Un camino con árboles, con sombra; junto á él un arroyuelo que haga clac, clac, clac al pasar sobre los guijarros, y en el follaje aves que estén cantando.

En seguida empezó á silbar una canción alegre.

—¿No habéis encontrado ese camino? — continuo, viendo que yo no respondía y sin que, al parecer, notase mi admiración — es una lástima. Indudablemente está muy lejos todavía. ¿Por la derecha ó por la izquierda? Díme lo, hijo. Por más que busco no lo encuentro.

Hablaba con extraordinaria volubilidad, accionando con una mano, mientras que con la otra acariciaba suavemente la cabeza de su hijo.

—Te pregunto por ese camino, pues estoy segura de encontrar en él á Mario. ¿Has conocido á Mario? No. Es el padre de mi hijo.

Después que el *gricou* le abusó en la mina, se retiró á ese camino fresco; ahora no se pasa sino en los caminos frescos, y es por causa de sus quemaduras. Él sabe encontrar perfectamente esos caminos, pero yo no; hace seis meses que le estoy buscando. Seis meses son mucho tiempo cuando se ama. ¿Seis meses, seis meses!

Entonces se volvió hacia los edificios de la mina, y señalando con salvaje energía á las chimeneas de la máquina que vomitaban torrentes de humo,

—¡Trabajo de mina — exclamó — trabajo del diablo! ¡Devolvedme á Mario!

Luégo se repuso:

— Tú no eres de aquí, ¿es verdad? Tu zamarra y tu sombrero dicen que vienes de lejos; vé al cementerio, cuenta una, dos, tres; una, dos, tres, todos han muerto en la mina.

Cogió al niño, y estrechándole entre sus brazos,

— ¡Nunca tendrás a mi Pedro, nunca! El agua es

dulce, el agua es fresca, ¿Dónde está el camino? Si no lo sabes eres tan bruto como los que se ríen de mí. ¿Por qué me detienes? Marío me espera.

Volvióme la espalda y siguió andando á largos pasos, mientras silbaba su alegre canción.

Comprendí que era una loca y que había perido á su marido en alguna explosión de gas grisou; y



¿Queréis decirme dónde hay un camino fresco?

la entrada de aquella mina, en aquel paisaje desnudo, bajo aquel sombrío cielo, el encuentro de la pobre mujer, loca por el dolor, nos llenó de tristeza.

Al fin averiguamos las señas de la casa del tío Gaspar; vivía á poca distancia de la mina, en una calle tortuosa y escarpada que bajaba desde la colina al río.

Cuando pregunté por él, una mujer que estaba recostada en la puerta, charlando con otra vecina igualmente recostada en la puerta de su casa, me respondió que no volvería hasta las seis, después del trabajo.

— ¿Qué le queréis? — me dijo.

— Quiero ver á Alexis.

Entonces me miró de piés á cabeza, lo mismo que á Capi.

— ¿Sois Kemi? — dijo la mujer. Alexis nos ha hablado de vos y os espera. ¿Quién es ése?

Señalé á Mattia.

— Es mi compañero.

Aquella era la tía de Alexis. Creí que nos invitara á entrar y des ansar, pues nuestras piernas cubiertas de polvo y nuestras caras curtidas por el sol, demostraban claramente el cansancio que nos agobiaba; pero no hizo nada, y me repitió sencillamente que si quería volver á las seis encontraría á Alexis, que estaba en la mina.

Yo no tenía carácter para pedir lo que no me ofrecían; díle gracias por su respuesta y nos encaminamos hácia la población en busca de una panadería, pues teníamos un hambre devoradora; desde por la

mañana no habíamos comido más que una corteza de pan que nos quedó del día anterior. Estaba avergonzado con el recibimiento que nos habían hecho, porque Mattia no sabría á qué atribuirlo. ¿Y para eso habíamos andado tantas leguas?

Creí que Mattia formaba una idea desfavorable de mis amigos, y que cuando le hablase de Lise no me escucharía con atención. Y me importaba mucho que desde luégo sintiese afecto y cariño hácia la pobre muda.

La acogida que me hizo la mujer de Gaspar no me dió ganas de volver á su casa, y poco antes de las seis fuimos á esperar á Alexis á la salida de la mina.

La explotación de la mina de la Truyère se verifica por tres pozos llamados de Saint-Julien, Saint-Alphonsine y Saint-Pancrace, pues es costumbre en las minas dar el nombre de un santo á los pozos de extracción, de ventilación ó de agotamiento; ese santo, elegido en el calendario el día en que principia la perforación, no solamente sirve para designar los pozos, sino para comprobar las fechas. Dichos pozos no sirven para bajar y subir los obreros al trabajo. Estas operaciones se practican por una galería que desenhoca al lado de la lampistería y que termina en el primer piso de la explotación, desde donde comunica por todas las demas partes de la mina. De este modo se ha tratado de evitar los accidentes que ocurren con demasiada frecuencia; en los pozos cuando se rompe un cable ó una cuba, encuentra un obstáculo y precipita á los hombres en una sima que tiene á veces cientos ó trescientos metros de profundidad; al nau-

no tiempo se ha tratado de impedir las bruscas transiciones á que están expuestos los obreros, que desde aquellas profundidades donde la temperatura es uniforme y tilde, pasan repentinamente, cuando suben por medio de la máquina, á una temperatura desigual, adquiriendo pleuresías y fluxiones de pecho.

Sabiendo que por aquella galería salir los obreros, me situé en su abertura acompañado de Mattia y de Capi, y algunos minutos despues de las seis empecé á ver cómo vacilaban, en las sombrías profundidades del socavon, algunos puntos luminosos que aumentaban rápidamente de tamaño. Eran los mineros, que con las lámparas en la mano salían á la luz, terminadas sus faenas.

Avanzaban muy despacio, con pesada marcha, como si los doliesen las rodillas, lo que me expliqué más tarde cuando yo mismo subí las escaleras y las escalas que conducen al primer piso; su rostro estaba negro como el de los desballinadores; sus trajes y sus sombreros estaban cubiertos de pólvora del carbon y de placas de barro laminado. Al pasar por delante de la lampistería entraba cada obrero y cogía su lámpara de un clavo.

Aunque estuve muy atento no vi salir á Alexis, y si él no hubiera saltado á mi cuello, hubiese pasado sin que yo lo reconociera, pues en nada se parecía, negro como estaba de pies á cabeza, al compañero que en otro tiempo corría por los senderos del jardín, con las mangas de su limpia camisa subidas hasta el codo y el cuello entreabierto, dejando ver su blanca piel.

—Es Koni—dijo volviéndose hacia un hombre de unos cuarenta años que marchaba cerca de él, y que tenía una cara tan franca como la de M. Acquit, lo cual me tenía nada de extraño, puesto que eran hermanos.

Comprendí que era el tío Gaspar.

—Hace mucho tiempo que te esperábamos—me dijo con bondadoso acento.

—El camino de París á Varses es muy largo.

—Y tus piernas son cortas—dijo riéndose.

Capi se puso contentísimo al encontrar á Alexis, demostrándole su alegría con fuertes tirones que le daba en las mangas.

Entre tanto expliqué al tío Gaspar que Mattia era mi compañero y mi asociado, un excelente muchacho, antiguo amigo mío, á quien volví á encontrar despues de mucho tiempo y que tocaba maravillosamente el organito de pítan.

—Esto es M. Capi—dijo el tío Gaspar;—mañana es domingo; cuando hayais descansado daréis una representación, Alexis dice que es un perro más sólido que un maestro de escuela ó que un actor.

Si la mujer del tío Gaspar me pareció antipática, encontré muy simpático á su marido, y vi que era digno hermano del padre.

Charlamos juntos cuanto querais, hijos míos; delecto tanto muchachos como que deciros; por mi parte, voy á conversar con este jóven que toca muy bien el organito de pítan.

Aunque habiéramos hablado durante una semana nunca nos hubiese parecido corto el tiempo. Alexis

quería saber cómo había hecho mi viaje; yo tenía deseos de averiguar si se acostumbraba á la nueva vida, y con hacernos preguntas mutuamente y sin descanso ninguno, no se pensaba en contestar.

Andábamos muy despacio, y los obreros que volvían á sus casas nos adelantaban; iban formando una larga fila que ocupaba toda la calle, y cubiertos de aquel mismo polvo que cubría el suelo.

Cuando estuvimos cerca de la casa nos dijo el tío Gaspar:

—¡Muchachos! cenaréis con nosotros.

Nunca me ha causado tanto placer invitacion alguna; mientras andábamos me pregunté más de una vez si tendríamos que separarnos, porque la acogida de la tía no fué nada tranquilizadora.

—Aquí tienes á Koni y á su amigo—dijo el tío en cuanto entró.

—Ya los he visto ántes.

—¡Pues bien! tanto mejor. Ya os conocéis; cenarán con nosotros.

Me consideraba muy feliz al pasar la noche con Alexis; pero si he de ser sincero, dire que tambien me alegré mucho la idea de cenar. Desde que salimos de París habíamos comido á la ventura, aquí una corteza, allá una hogaza; pero nunca hicimos una comida verdadera, sentados en sillas y tomando la sopa en plato. Con lo que ganábamos éramos bastante ricos para pagar buenas comidas en las posadas, pero era preciso hacer economías para la vaca del príncipe, y Mattia era tan excelente muchacho, que se creía igualmente feliz que yo al pensar que compráramos la vaca.

Pero aquella noche no tuvimos festin; me senté ante una mesa, en una silla, pero no hubo sopa. Las compañías mineras han establecido almacenes de provisiones, en los cuales encuentran los obreros, á precios módicos, todo lo que necesitan para vivir. Las ventajas de tales depósitos son evidentes; el obrero tiene en ellos productos de buena calidad y baratos, los cuales paga mediante un descuento que de su sueldo se le hace cada quincena, y de este modo se ve libre de las deudas con los comerciantes al por menor, que le arruinarían. Pero, como todas las cosas, ésta tiene su parte mala; en Varses las mujeres de los obreros no tienen costumbre de trabajar mientras sus maridos están en la mina; arreglan su casa y van unas á visitar á otras para tomar el café ó el chocolate que han comprado en el almacén; hablan, murmuran, y cuando la noche llega, es decir, en el momento en que los hombres salen de la mina para comer, resulta que no han tenido tiempo de preparar la comida; entónces vuelven al depósito y traen embutidos. No es ésta la regla general, pero si es lo que ocurrió con más frecuencia. Por eso no tuvimos sopa aquella noche; la mujer del tío Gaspar había pasado la tarde charlando. Era una costumbre inveterada en ella, y algun tiempo despues supé que su cuenta en el almacén se reducía á dos géneros: café ó chocolate y embutidos. El tío era un hombre que se conformaba con poco y muy amante de la tranquilidad; comía sus embutidos y no se quejaba, ó si hacia alguna observacion era de un modo apacible.

—Si no me emborracho—decía alargando su vaso, —es porque soy muy virtuoso; es indispensable que mañana nos hagamos una sopa.

—No sé si tendré tiempo.

—¿Pero son más cortas las horas en la tierra que en la mina?

—¿Y quién te coserá la ropa? Todo lo destrozas.

Mirando entonces su traje, cubierto de carbon y desgarrado por todas partes, dijo:

—La verdad es que estamos vestidos como unos príncipes.

Nuestra cena fue muy breve.

—Buen mozo—me dijo el tío Gaspar;—te acostarás con Alexis.

Y luego, dirigiéndose á Mattia:

—Si quieres venir al horno, tratémoslo de prepararte una buena cama de paja y de heno.

Casi toda la tarde y una gran parte de la noche, estuvimos hablando Alexis y yo.

El tío Gaspar era *piquero*, es decir, que con un pico arrancaba el carbon en la mina; Alexis era su *arrastrador*, ó lo que es igual, el que empujaba sobre rails en el interior de la mina, desde el punto de extracción hasta el pozo, un wagon llamado *cuévano*, en el que se amontonaba el carbon arrancado; al llegar al pozo, se sujetaba el cuévano á un cable que, por medio de una máquina, le subía hasta la superficie.

Aunque Alexis era minero desde poco tiempo, sentía ya cariño y vanidad por su mina; era la más bonita y la más curiosa del distrito, y al referirme lo que en ella había daba á su relato la importancia de un viajero que llega de un país desconocido y encuentra oídos atentos que le escuchan.

Primeramente era necesario seguir una galería perforada en la roca, y después de andar durante diez minutos, se encontraba una escalera recta y bastante inclinada; al pié de ella una escala de madera, luego otra escalera, y entonces se llegaba al primer piso, á una profundidad de cincuenta metros. Para descender al segundo piso, á noventa metros, y al tercero, á doscientos, se utilizaba el mismo sistema de escalas y escaleras.

En aquel tercer piso era donde trabajaba Alexis, y para llegar á la profundidad de su tajo tenía que recorrer un camino tres veces más largo que para subir á las torres de Notre-Dame de Paris.

Pero si en aquella catedral se puede subir y bajar fácilmente, y las escaleras de sus torres son regulares y están perfectamente iluminadas, no sucede lo mismo en la mina, cuyos escalones, practicados según los accidentes del terreno, unas veces son altos, otras bajos, ya anchos, ya estrechos. No hay más luz que la de la lámpara que cada minero lleva, y en el suelo un barro resbaladizo, humedecido incesantemente por el agua que filtra gota á gota y que cae en el rostro casi helada.

Doscientos metros de descenso es bastante; pero no es todo: era preciso caminar por la galería y los tramos para llegar al sitio del trabajo; el desarrollo completo de las galerías de la *Zwyère* era de treinta y cinco á cuarenta kilómetros.

No había necesidad de recoger esta distancia, pero algunas veces se hacía la marcha fatigosa, porque los piés se zambullían en el agua que, destilando por las hendiduras de la roca, se reúne en el centro del camino y fluye hasta los sumideros, de donde la sacan las bombas para arrojarla al exterior.

Cuando aquellas galerías atravesaban rocas duras eran sencillamente unos subterráneos; pero cuando estaban perforadas en terrenos movedizos, tenían un techo y en las paredes un revestimiento de madera hecho de troncos de abeto labrados con hacha, pero los cortes practicados por medio de la sierra se podren fácilmente. Aunque dichos troncos estaban dispuestos para resistir los empujes del terreno, no eran éstos, sin embargo, de tal intensidad, que la madera se encorbaba y las galerías perdían su estructura hasta el punto de tener que pasar por ellas arrastrándose.

En los troncos crecían hongos y ligeros y algodonosos copos cuya nivea blancura se destacaba sobre el oscuro fondo de la roca; la fermentación de la madera despedía un olor fuerte; sobre los hongos, crecían las desconocidas plantas, en el blanco musgo, crecían moscas, arañas y mariposas, que no tenían semejanza alguna con los individuos de su misma especie que se encuentran al aire libre. Había también ratos que corrían por todas partes, y murciélagos colgados de las maderas por sus piés y con la cabeza ataja.

Las galerías se cruzaban, y acá y allá, como en Paris, había plazas y encrucijadas; unas calles eran hermosas y anchas como los boulevares, otras estrechas y bajas como las calles del barrio de Saint-Michel; pero aquella ciudad subterránea estaba mucho menos iluminada que las de la superficie de la tierra durante la noche, pues no había faroles, ni de acopi de gas, sino únicamente las lámparas que los mineros llevaban consigo.

Si la luz faltaba algunas veces, el ruido disminuía siempre que no se habitaba un país de muertos; en los tajos de perforación se oían las detonaciones de la pólvora, cuyo olor envuelto en el humo llevaban las corrientes de aire; en las galerías se oía el rodar de los wagones; en los pozos el chirrido de las cajas de extracción al rozar con las guías; y sobresaliendo de todos los ruidos, el estrépito de la máquina de vapor instalada en el segundo piso.

Pero lo que ofrecía un aspecto verdaderamente curioso eran los *socavones*; es decir, las galerías trazadas en la pendiente del filón; allí estaban los *piqueros* trabajando con el cuerpo medio desnudo y arrastrando el carbon echados los unos boca abajo y á rodillas los otros.

Desde aquellos *socavones* descendía el carbon á los pisos, y luego era conducido á los pozos de extracción.

Este era el aspecto de la mina en los días de trabajo; pero había también días de accidentes.

(Se continuará.)

INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA,

POR D. JOSÉ MORENO FUENTES.

IV.

Cuando don Félix llegó á la camarata, encontró á todos como de codo á los criminales, derribados por la oportuna intervencion de *Museo Pedro*. Pronto pudo el capitán al corriente de lo que ocurría, con mayor motivo cuando en aquel instante gritó una voz sobre el puente:

— ¡ Ah de la gente de la máquina !

— ¿ Quién habla ? — preguntó el *compadre Pep*.

— El nuevo capitán del barco.

— ¡ Por el nom de Deu ! — exclamó el mallorquin — No reconozco otro capitán que don Félix Ballesta.

— Os prevengo — gritó entonces la voz — que será arribado á balazos cualquiera que intente subir, incluso al que llamais capitán....

— ¡ Miserables ! — exclamó don Félix, queriendo adelantarse á la escalerilla.

Don Raimundo y el maquinista consiguieron detenerle. Trascurrieron con imponente lentitud algunos instantes.

— En fin, ¿ qué pretendéis ? — preguntó el primer piloto á los amotinados.

— Poca cosa — repuso con timbre burlesco la voz de ántes. — Intimamos que os entregéis sin condiciones, á discrecion, si quereis conservar la vida.

Don Raimundo á contestar energicamente, cuando el capitán, que habia reflexionado un momento, le detuvo, y le dijo con acento breve:

— Responded que dentro de dos horas contestaréis. Nos importa ganar tiempo y evitar estériles sacrificios....

Pasaron las horas convenidas, y en verdad que supo aprovecharlas bien el capitán Ballesta. Por su órden se desatorillaron dos planchas del tabique medianero entre el local de las máquinas y el resto del entrepuente, hacia proa, que era donde dormía la mayor parte de la tripulacion, y distribuyéronse á ésta armas y municiones; despues se esperó á ver venir los acontecimientos.

— ¡ Ah de la gente de abajo ! — gritó de repente la voz de ántes, que tenia mucha semejanza con la de Tomás. — ¿ Qué habeis decidido ? Ante todo, mandadnos los dos hombres que teneis presos....

— No haremos tal — exclamó don Raimundo — si deponéis vuestra actitud, si entregais las armas y volveis á la obediencia, os prometo, en nombre del capitán, no entregaros á las autoridades de marina cuando regresemos á España....

Estrepitosas risas acogieron las frases del primer piloto.

— Tenemos — dijo despues la voz — clavadas las escotillas del entrepuente, y en él se morirán de hambre los que no quieran seguirnos....

— Os equivocais, les hemos abierto salida, y están todos armados.... Dad gracias á los nobles sentimientos del capitán, que nos retiene en actitud pasiva y expectante. Pero sabed que van á apagarse los fuegos de la máquina, que no tendréis más su calor en el rancho de proa, y que ni una sola galleta os hemos de dar para alimentaros. ¡ Antes de tres dias habréis muerto de hambre y de frio !

Estas palabras produjeron entre los amotinados, murmullos y exclamaciones de despecho y venganza.

V.

Las anteriores escenas habian tenido lugar simultaneamente, y en ménos tiempo del que le invertido en narrarlas. Segun pronóstico del doctor Poey, que mientras duraba aquella bataola, dormía como un bendito, la herida de Jaime Ferreros no ofrecia gravedad alguna.

En el resto de aquel dia y en todo el inmediato oyéronse sobre cubierta animadas discusiones y frases amenazadoras y rectificadoras.

Verdaderamente, la situacion de aquellos desalmados era desesperada. Cuarenta y dos grados bajo cero no es soportable temperatura cuando se está sobre la cubierta de un buque y se carece de fuego y de una alimentacion reparadora.

Así lo comprendieron algunos de aquellos hombres, y procuraron convencer á su jefe de que era inútil perseverar en un propósito que, por desgracia suya, habia fracasado. Exhortáronle, pues, á entrar en acomodamientos con el capitán, porque la disyuntiva era terrible: ó perecer hambrientos y ateridos, ó someterse de nuevo á la autoridad y á la benevolencia de don Félix.

Pero Tomás resistió las insinuaciones, las protestas y aun las amenazas de sus cómplices. Considerábase perdido; creía que no habia para él salvacion posible, y ansiaba prolongar aquel estado de cosas hasta el último extremo. Á este fin hizo rumbo en busca de las naves de Mr. Crósshow, pensando que éste, más ó ménos directamente, podría auxiliarle; mas siéndole preciso navegar á la vela, y soplando á la sazón vientos de proa, poco ó nada podría adelantarse en aquel sentido.

Las penalidades que experimentaban los amotinados llegaron de tal suerte á exacerbar sus espíritus, que en la mañana del tercer día vinieron á las manos.

De repente, el capitán Ballesta y sus amigos sintieron sobre el puente carreras, gritos, ayes, vociferaciones, ecos de armas que chocaban entre sí... Pronto supieron lo que significaba aquel insólito ruido.

Sangrienta hecatombe, feroz batalla libraron aquellas gentes. Tomás y un marinero, que hacía las veces de teniente suyo, resultaron muertos; otros cinco hombres quedaron más ó ménos mal heridos; los restantes sometieron sin condición á don Félix. Dos días después unióse al *Baltasar Ballesta* el bergantín-goleta *Alyceiras*, completamente reparado de los desperfectos que experimentó.

El plan de aquellos desalmados, ó mejor dicho, de su jefe, según se supo después, era, si sus proyectos no hubiesen muerto en flor, haber puesto la proa al Norte y costear después la costa O. de América hasta encontrarse á la altura de California. Una vez allí, habrían dado algunos barrenos al barco para que se hundiera rápidamente, y embarcándose en una chalupa con suficiente repuesto de víveres, dirigirían el rumbo á San Francisco, en cuya población proponíanse dar fe ante el capitán del puerto, del siguiente relato: que arrastrado su buque por nechos temporales hacía aquellas latitudes, habíase declarado en él una gran vía de agua; que toda la tripulación embarcóse precipitadamente en los botes, pues la nave se sumergía por momentos; y que ignoraban lo que hubiese podido ser de los otros naufragos, porque una borrasca les había separado de ellos.

La trama estaba gruesamente urdida; pero á otras muchas peor trazadas aún suele el acaso otorgar algunas veces el más cumplido éxito.

Desde dos años atrás á la época en que empiezan á desenvolverse los sucesos de esta historia, habíase hecho San Francisco de California el punto de cita de todos los aventureros y gentes *non sanctas* del nuevo y antiguo Continente.

Un suizo, llamado Sutter, lavando un día su arroz en un afluente del Sacramento, encontró en las aguas partículas y pepitas de oro... La noticia cundió rápidamente, y desde entonces no se dieron reposo los aficionados á correr en pos del dorado vellocino para acudir á esos parajes en que podían, de la noche á la mañana, improvisar una fortuna.

Pintando las maravillas y las excelencias de aquellas auríferas regiones, pudo el contramaestre Tomás atraer á su servicio á algunos de los tripulantes del *Baltasar Ballesta*, prometiendo además repartir entre ellos cuanto metálico y objetos de valor hubiese á bordo el día en que el barco fuera echado á pique.

CAPÍTULO XX.

LA TIERRA PRODUCTORA.—EL MUNDO VEGETAL.—SU IMPORTANCIA Y CONDICIONES.—LA TIERRA DEL ORO.

I.

Habiendo satisfecho, al ménos por ahora, tu cu-

riosidad, pío lector, reanudaré, si á mal no lo llevas, el interrumpido curso de esta historia.

Precedido de los buques españoles, arribaban las expedicionarias inglesas costeando las nuevas tierras que por la banda de labor de sus navios se extendían de Norte á Sur. Se experimentaba cada vez un dulce temperatura; aumentábase al propio tiempo la del mar, y la corriente que subía hasta el polo iba entonces una velocidad de cerca de 3 kilómetros por hora.

Unas veinte millas escasas habrían navegado los ingleses, cuando advirtieron que, poco á poco, salían de en medio de la nebulosidad, que después de obblar al cabo de las Corrientes vieron flotar constantemente en el espacio. Entonces se extendió ante ellos el mar libre, á cuando alcanzaban los objetivos que iban á bordo. Á derecha é izquierda empezaban también á metamorfosearse el país; iba tomando por momentos más halagadoras apariencias.

Con auxilio de los catalejos admiraron sorprendentes perspectivas. En ningún país del mundo despliega la Naturaleza, como parecía hacerlo allí, toda la esplendidez de sus pompas y atavíos.

Veíanse colinas escalonadas unas en otras, revestiendo fantásticos contornos y los más variados matices, en medio de selvas seculares, acaso primitivas, de portentosa y exuberante vegetación.

Daban variedad á aquella panorámica visión, según el relato del holandés Van-der-Zaans, lagos de tranquilas aguas, ríos majestuosos, que, como ancha cintas de plata, serpenteaban por entre abruptos bosques y espesuras de casi prehistórico origen, y gran número de cráteres ignívoros, que mostraban su salvaje esterilidad, como signo de muerte, en medio del exceso de vida vegetal que por todas partes rebosaba.

Según deducían los ingleses, juzgando de lo que iba poniéndose al alcance de sus ojos, la flora de aquellas latitudes formaba, por la profusión de sus representantes, y por los extraños caracteres que estos revestían, un mundo vegetal completamente distinto del que estamos acostumbrados á ver en nuestros climas.

II.

El mundo de los vegetales no está suficientemente estudiado y comprendido. El vegetal es un ser vivo, ni más ni ménos que lo son el hombre y los animales. Tal vez asombré este aserto á algunos de mis lectores. ¿Cómo?—preguntaránme.—¿Las plantas, los árboles, son antes que viven como nosotros? ¿De qué se nos asemejan? ¿No nos separan de los vegetales un mundo de diferencias? ¿Dónde se encuentra, no ya la igualdad, sino siquiera la similitud entre el hombre y esos cuerpos adheridos á la tierra, que parece forman un todo homogéneo é indivisible con ella?

Satisfaré la curiosidad de estos locos mis recordándoles la verdad que encierra el siguiente axioma: «Todo vive en la Naturaleza.»

Así es en efecto. Cuanto nos rodea en el mundo, por más que revista diferentes aspectos y tendien-

es, está dotado de existencia y movimientos propios. No sólo las plantas, sino también, ¡lo que es más asombroso! los minerales, esos cuerpos que se desarrollan y crecen en las entrañas de la tierra, viven también a su modo.

Los vegetales son seres más rudimentarios que los que poseen el inestimable don del movimiento; pero aun cuando su aspecto exterior difiera tanto del de los animales, tienen, sin embargo, en su organización, músculos, fibras y órganos para el sostenimiento de la vida.

No poseen la facultad de locomoción de que son dueños los animales, por la cual éstos pueden trasladarse de unos puntos á otros; pero les queda la de expandirse en todas direcciones, hasta ciertos límites, dentro de la tierra y en la atmósfera.

Los seres vegetales tienen sujeta su organización á las condiciones de vitalidad que á todo lo creado presta la Naturaleza.

Nacen, pues, se desarrollan; tienen sus períodos de crecimiento, juventud, vejez y muerte. Se alimentan, nutren, respiran, expelen las materias que no se asimilan, y muchos de ellos sienten y casi piensan, como es fácil demostrar, si bien sus manifestaciones en este sentido sean las más imperfectas y rudimentarias de la Naturaleza.

La vida de los vegetales está envuelta en el misterio de sus mismas condiciones físicas. Es el lazo de unión entre la existencia inerte de los minerales, y la que, dotada de mayor movimiento y más amplias manifestaciones, disfrutan todos los animales.

La vida de las plantas varía en su duración, según la fuerza vital de las mismas y la savia de los terrenos en que se desarrollan. La hierba, que con su verde alfombra tapiza los campos, apenas vive dos ó tres años; el arbusto tiene más larga existencia, y el árbol, adueñándose de todos los vegetales, suele contarla por siglos.

III.

Poco más de 140.000 es el número de plantas clasificadas ó conocidas del hombre hasta ahora; pero puede decirse que en este particular le resta aún que recorrer gran parte del camino, porque en cuántas investigaciones emprende siempre encuentra nuevas plantas y especies que agregar á las ya conocidas.

El grano, hueso vegetal, enierra; esto es admirable en un pequeño volumen toda la planta. El vegetal nace de una semilla y su misión está reducida á producir gran número de semillas ó granos, semejantes en un todo al que le dió la vida, para la propagación de la especie.

La Naturaleza, con su inmensa prevision, hace en su grado fecundas á las plantas; un gran número de semillas se pierden para la reproducción; las que arrastran y depositan los vientos en terrenos completamente estériles; las que destruyen las inundaciones y los temporales; las que perecen antes de formarse, y las que por varios accidentes, que no se pueden enumerar, se destruyen ó inutilizan.

En compensación de estas pérdidas, la Naturaleza, madre amorosa y solícita siempre, emplea multitud

de resortes y aprovecha las menores circunstancias, para llevar aquellas semillas á los puntos más apartados de la tierra y extender por su dilatada superficie la fecundidad y la riqueza escondida en su interior.

La mano del hombre, las corrientes de los ríos y las que cruzan los mares, los torrenes que bajan de los montes ó inundan las praderas, los vientos que soplan en todas direcciones, los elementos, en fin, que tan poderosamente contribuyen á la destrucción de los gérmenes vegetales, son causa al mismo tiempo de que se reproduzcan y perpetúen.

Esta es la admirable equiponderación á que ha sujetado la Naturaleza todas sus obras. Las plantas sirven de alimento al hombre y de pasto á los animales. Su consumo y destrucción están perfectamente equilibrados con la reproducción de las mismas.

Si unas especies se extinguen, aparecen otras nuevas; si en determinadas zonas degeneran algunos vegetales, en otras adquieren mayor desarrollo y producen mejores frutos. ¡Todo se compensa y equilibra en la Naturaleza!

Los árboles más gigantescos, así como la menuda hierba de los campos, son de absoluta necesidad para el sostenimiento de la vida en los seres animados. Entre todos éstos, el hombre se utiliza en mayor grado de los vegetales; de los frutos, semillas, hojas, raíces, corteza y corazón leñoso se aprovecha y les hace servir á todas sus necesidades, de cien maneras diferentes.

Con sus semillas, con sus raíces y con la pulpa de su fruto se nutre y alimenta; con sus fibras y filamentos textiles se viste y engalana; con sus maderas construye sus habitaciones, sus buques y multitud de utensilios y artefactos que utiliza en la vida práctica, en el comercio, en la industria y en todas las artes.

Con su savia, con sus hojas y raíces, mediante las condiciones medicinales que cada uno de ellos posee, combate victoriosamente gran número de sus dolencias y enfermedades.

Los vegetales, por último, proporcionan, además de los beneficios que llevo enumerados, saludable entretenimiento á la actividad humana, por las muchas y diversas obras que emprende con las materias de que se componen y por el considerable movimiento que ofrecen á su espíritu mercantil y especulador.

IV.

Pasen por alto la precedente digresión aquellos de mis lectores que nada nuevo piensen encontrar en ella; otros, en cambio, la juzgarán oportunísima; y como yo, señores míos, vóme obligado á contentar á todos, resulta que...

En fin, basta con lo dicho, que al buen entendedor....

Sentíanse vivamente impresionados los hijos de la Gran Bretaña ante aquellos desconocidos países, que encerraban, al decir del ballenero Van-der-Zaans, tesoros suficientes á enriquecer á toda Europa.

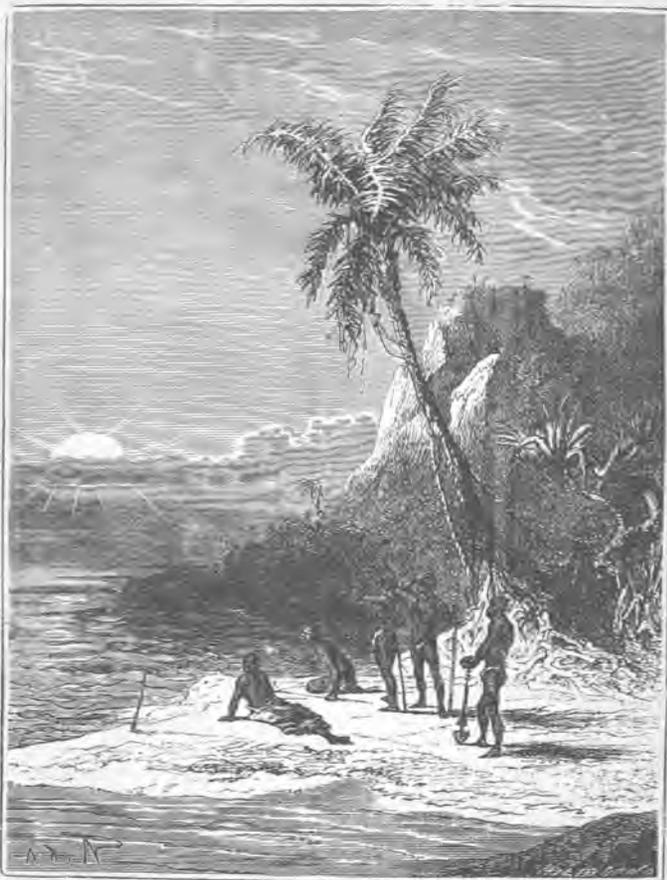
Quizás hubiera algo de hipóbole en esta frase; pero los ingleses tomábanla al pie de la letra, con mayor motivo cuando el capitán holandés parecía compli-

cerse en varios pasajes de su *Memoria* en referir verdaderos portentos de aquellos países.

Aseguraba haber visto en su corta expedición por ellos, depósitos y yacimientos diamantíferos, casi á flor de tierra; decía que las esmeraldas, las amatistas, los zafiros, las turquesas, todas las piedras preciosas, en fin, parecían haberse dado cita en aquel

rincon del mundo, huyendo tal vez de la rapacidad del hombre.

De igual suerte suponía que los ríos arrastraban más partículas de oro que granos de arena; que por todas partes, entre las grietas y las resquebraaduras de las rocas, veíanse asomar gruesos filones de metal aurífero.



Eran aquellos salvajes de elevada estatura y bien delineados miembros.

Estas especies, que desde los oficiales que habían leído la *Memoria* del ballenero trascendieron á la marinería, despertaron en ésta instintos ambiciosos y perturbadores para la obediencia y disciplina que deben observarse á bordo de toda embarcación.

Como otra vez he dicho, no se distinguían los subordinados del capitán Cróssbow por sus condiciones morales; así es que, en presencia de aquel país de maravillas, sólo un pensamiento animaba á aquellos hombres: saltar á tierra, correr á los parajes en que se encontraban los veneros de riqueza y llenar en ellos sus bolsillos, sus manos, su cuerpo todo, hasta sentir que se doblaba bajo el peso de aquellas preciosidades.

John Cróssbow, que advertía estas disposiciones de sus marineros, pensó hacerlas servir en interés suyo cuando las circunstancias lo requiriesen.

CAPÍTULO XXI.

¡ Á DESEMBARCAR! — MANIOBRAS DEL GIBRALTAREÑO.—
INSUBORDINACION DECLARADA.

I.

Gran algazara promovióse á bordo del *Great-Britain* al amanecer del día siguiente.

Los marineros británicos habían prorumpido en exclamaciones de sorpresa y admiración al observar en una pequeña playa de blanca arena que miraba al

Este cinco seres humanos, al parecer, que contemplaban llenos de asombro la presencia de las embarcaciones, que tal vez pareceríanles grandes monstruos marinos.

Eran aquellos salvajes de elevada estatura y bien delineados miembros; estaban armados de mazas y pequeños venablos; y uno de ellos llevaba de la cintura abajo un pedazo de tela tosca hasta al cuerpo y aparecía medio recostado en la arena; tenía aspecto de mujer.

El país tomaba en aquel momento un carácter deslumbrador, casi fantástico. El inmenso disco del sol estaba sobre el horizonte, velado en su parte inferior por algunas transparentes nubecillas é iluminaba oblicuamente aquellas tierras, produciendo en su superficie los más decididos contrastes de luces y sombras.

A consultar el voto de sus marineros, pocos hubiera encontrado Mr. Cróssbow que no opinasen por desembarcar en las playas que tenían á la vista. Pero el aviso Juan Ballesta quería verificarlo en los mismos parajes en que lo efectuara la expedición española; por lo cual, no la quitaba ojo un instante, siguiéndola desde lejos con incansable energía.

Al fin observó que sus enemigos, pues así continuaba denominándoles, penetraron en una espaciosa ensenada, en la cual dieron fondo y que de los costados de sus buques partieron algunos botes con dirección á tierra.

Con repetidos ¡hurra! de sus marineros, John Cróssbow ordenó poner las proas de sus buques á aquella ensenada, anclando en ella tres horas despues que lo hicieron el *Baltasar Ballesta* y el *Algeciras*.

Desde el puente de su embarcación pudo advertir el gibraltarco que los españoles trabajaban con actividad febril en echar por tierra, á golpe de hacha, algunos trocos de árboles..... También observó que habían colocado en una pequeña eminencia un gran mástil y enarbolado al tope de él la bandera de España.

Este hecho pareció transfigurar la fisonomía de aquel hombre terrible. Mefistofélica expresión brillaba en sus ojos; las futuras peripecias de un drama sangriento bullían y se combinaban quizás en su cerebro de un modo indisoluble, fatal, fortuito.

¿Por qué vagaba incomprendible sonrisa entre sus labios en aquel instante? ¿Por qué advertíase en ella algo siniestro, lúgubre, pavoroso como el canto y la mirada de las aves nocturnas?

II.

El capitán John Cróssbow llamó al contramaestre William y habló con él algunas palabras. Al separarse de su antiguo compinche reunió en torno suyo á los oficiales de á bordo. Mister Francis O'Donnell se encontraba también allí. Pocos momentos despues, convocadas por el marinero de la nariz roja, formaban á labor y estrilar los marineros del *Great-Britain*.

Algo grave ó solemne iba á ocurrir; Juan Ballesta con mesurado acento dijo entonces:

— Os reúno, amigos míos, porque en estos, á mi

parecer, difíciles instantes, quiero dirigirme por las inspiraciones de vuestro patriotismo. Bien sabéis que, anticipándome á los que nos querían arrebatar el honor de este descubrimiento, enarbolé nuestro glorioso pabellon en el extremo más avanzado al N. de estas tierras. Desde aquel instante somos los legítimos poseedores de ellas en toda su extensión. Pero he aquí que, menospreciando nuestro buen derecho esos papistas; que Dios confunda! acaban de desembarcar en los dominios de nuestra patria, izan en ellos su bandera y empiezan á talar sus bosques como si realmente fuesen los amos.... ¡Por la nueva Sion! Tal vez si vosotros intentáis hacer lo mismo, pretenderán que les rindamos pleito-homenaje; tal vez si alguno de vosotros coge una partícula de oro, de las innumerables que alfombran el lecho de los ríos, os sujeten la mano y os obliguen á saltarla diciendos que no podéis tomar lo que en manera alguna os pertenece.... ¡Iras de Satanas! Decidme, nobles hijos de la Gran Bretaña, ¿debemos tolerar tanto vejámen?

— ¡No! ¡no! ¡no! — gritaron tumultuariamente los marineros.

— ¿Deberémos hacer entender á esos africanos de España, que donde planta sus rales el leopardo inglés no es fácil arrebatarle su presa impunemente?

— ¡Si! ¡si! ¡Á ellos! ¡Mueran! ¡Á las armas!

— ¡Bien, bien, hijos míos! ¡Ya sé lo que me compete hacer! ¡Hurra por nuestra gloriosa bandera!

Los marineros ingleses prorumpieron en frenéticas aclamaciones.

— Que se boten al mar las chalupas — continuó vociferando Mr. Cróssbow — que se embarquen en ella dos cañones con sus correspondientes atalajes y cajas de municiones; que se provea á ochenta hombres de buena voluntad de carabinas, sables, bayonetas y revólvers y.... ¡Rayos de Dios! ¡á tierra, á tierra! á hacer valer nuestro buen derecho.

— ¡Á tierra! ¡a las armas! — prorumpieron electrizados los marinos mientras hacían ademán de romper filas.

Pero en este momento resonó una voz de timbre enérgico gritando:

— ¡Firmes, marineros ingleses! ¡Firmes en sus puestos!

Y un hombre de alto continente, de pálido semblante y que vestía el uniforme de la marina de guerra se adelantó hácia la fila. Los marineros permanecieron firmes en ellas.

— ¿Qué pretendéis, Mr. O'Donnell? — exclamó John Cróssbow adelantándose á su vez rojo de cólera.

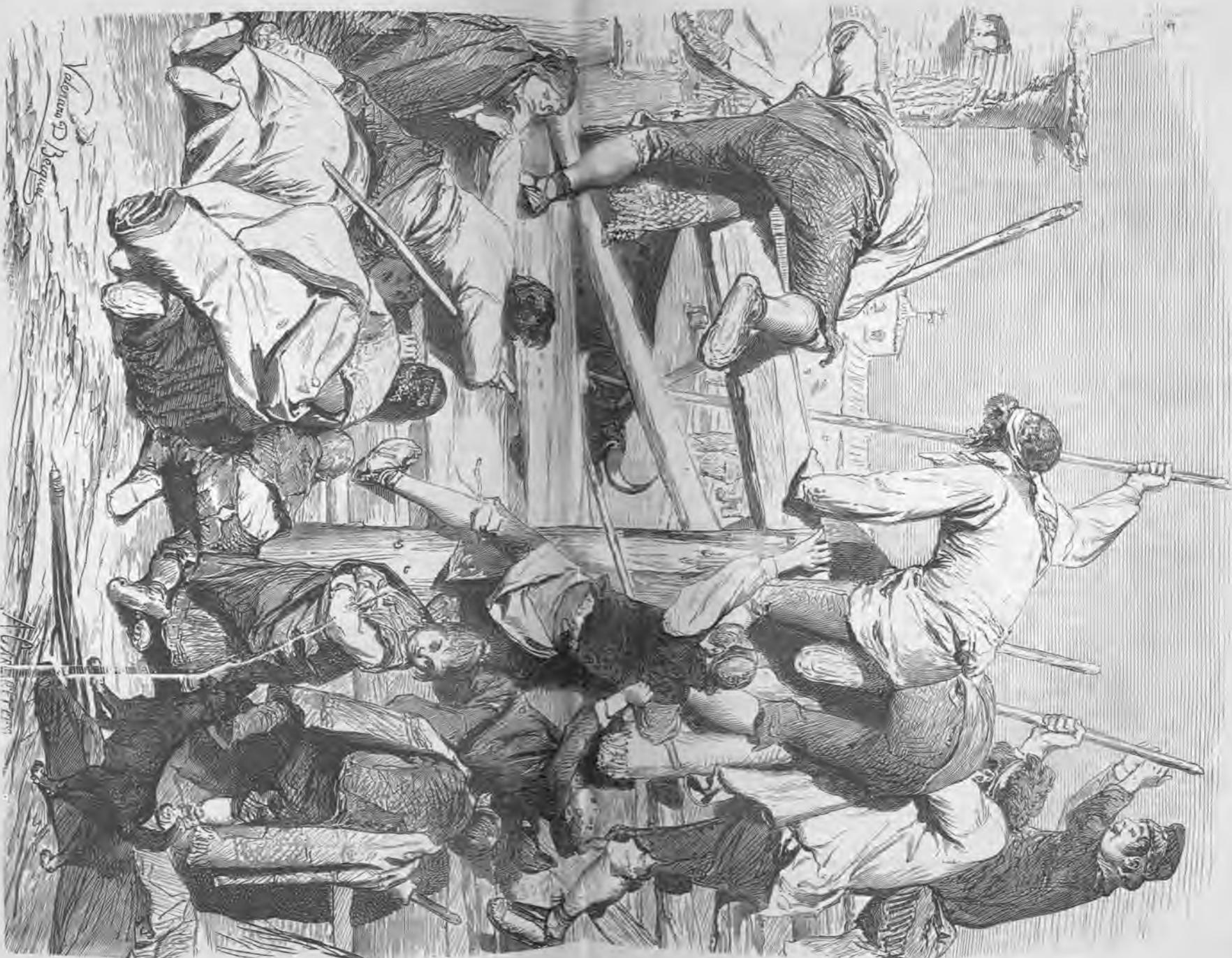
— Prefiendo evitar al Reino-Unido una gran vergüenza.

— ¡Ira de Dios! ¿Qué decís?

— Digo que los españoles apartaron á este continente ántes que nosotros. Todos comprendéis tan bien como yo, que la ciudopa de helice, que considerábamos pérdida, no llevaba otro objeto al adelantarnos....

— Y si así fué, ¿cómo no vimos señal alguna de la presencia de nuestros enemigos?

— Y porque tal sucediese, ¿dejará de ser cierto



COSTUMBRES POPULARES DE ARAGON.
LA CORRIDA DE TOROS.

que estaban allí? Además, juraría que izaron su bandera y que la visteis vos....

—¡Yo! ¡yo!

—Si tal; sino que no quisisteis confesarlo....

—¡Voto á la nueva Sion! Parece, Mr. O'Donnell, que todo se reduce, hablando en plata, á que tenéis formado el propósito, á lo que parece, de que Inglaterra vea en esta ocasión menoscabado su prestigio, y á que estos pobres marineros, que tantos sustos y fatigas han experimentado en tan peligrosa navegación, no alcancen la recompensa que merecen sus sufrimientos.... Una sola palabra me explica vuestra actitud.... Sois irlandés.

El pálido semblante del honrado oficial embriose de intensa lividez.

—¿Qué queréis decir? —preguntó con glacial acento.

—Que odiáis cordialmente —dijo John Cróssbow entre sarcástico y agresivo— cuanto lleva el nombre inglés.

III.

—Altos deberes me impiden contestaros como mereceis —replicó tras breve pausa y con más frío énfasis el teniente; —pero os prometo continuar algún día esta agradable conversación. Entre tanto —añadió levantando la voz— en virtud de los poderes de que me han investido los Lores del Almirantazgo inglés, os relevo en el mando de estos buques. Tomad el despacho en que se os ordena me obedecéis....

Y alargó un pliego cerrado á John Cróssbow; después exclamó:

—¡Marinos ingleses, doy este paso, á fin de evitar á nuestra patria la responsabilidad y la afrenta de una acción indigna. Supongo que todos acataréis las órdenes del Gobierno, cumplimentando vuestros deberes, según hasta aquí lo hicisteis. Si, como supongo, los españoles han aportado á estas desconocidas playas, respetemos su prioridad. Y procurando entonces dar á nuestra expedición un carácter puramente utilitario y científico, esforcémonos porque nuestros trabajos en este sentido sean de tal precisión é importancia, que merezcan los plácemes del Almirantazgo; y disputemos á los españoles, ya que no la honra del descubrimiento, el honor de estudios y trabajos útiles á la humanidad!

Calló Mr. Francis O'Donnell, y apenas terminó de hablar, sordos murmullos recorrieron las filas de los marineros.

Mientras hablaba el honrado oficial irlandés, el contramaestre William iba de unos en otros soliviantando los ánimos.

—¿Qué significan esos murmullos? —preguntó el teniente de navío con severa entonación.

—Quiéren decir —exclamó John Cróssbow— que con vuestra actitud consideran deshonrada á su patria....

—¡Ved cómo habláis!

—Quiéren decir que no se resignan fácilmente por

un capricho vuestro á volver á sus casas con las manos vacías, cuando tienen la posibilidad de llevarse una fortuna.

Las palabras del capitán inglés hallaban gran eco en los ánimos de sus oyentes; tiraba de una cuerda harto sensible para sus corazones, y casi todos respondían al llamamiento:

—¡Á tierra, á tierra! —exclamaron.—¡Mueran los traidores! ¡Mueran los enemigos de Inglaterra!

Y un movimiento de avance inicióse en las filas.

Dueño siempre de sí Mr. Francis O'Donnell, como el corcel de noble raza, irguióse fiero y terrible ante el castigo; desnudó su espada de oficial, y blandiéndola, gritó con voz vibrante:

—¡Los que desconozcan mi autoridad y el carácter de que estoy investido por el Gobierno de la nación, serán colgados ántes de dos horas de las vergas de trinquete! ¡Sepamos quiénes son los leales y quiénes los traidores! ¡Á mí los fieles servidores de Inglaterra.

Era demasiado tarde; la levadura había fermentado de tal modo, que los marineros, completamente desmoralizados, prorumpieron en gritos de muerte y de venganza.

Retrocedió el bravo oficial algunos pasos; la cólera parecía ahogarle; cerca de él sólo se veían dos marineros: uno de ellos era un antiguo criado suyo; el otro, un jóven irlandés llamado O'Farill.

John Cróssbow, entre tanto, brillantes los ojos, contraídos los labios, contemplaba sardónicamente aquella terrible escena.

Con sus miradas, sobrado expresivas, alentaba la actitud de sus subordinados.

—¡Por última vez os intimo obediencia y respeto! —exclamó el teniente de navío.

Pero la turba, ébria ya de insubordinación, explayóse en risotadas, blasfemias é injurias.

—¡Ah miserables! ¡Llenais este día de oprobio y de vergüenza á vuestra patria!

Y así exclamando, lleno de alientos, blandiendo su espada, acometió el sólo á la chusma insolente.

Mas ¡ah! aquellos desalmados cayeron sobre él como un solo hombre, y ciegos de frenesí, le hirieron y pisotearon á mansalva. El heroico oficial irlandés sucumbía defendiendo los fueros del deber y la honra de Inglaterra.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

(Se continuará.)

CORRIDA DE TOROS EN UN PUEBLO.

Cuentan que un mayordomo de cofradía, encargado de la fiesta del patrono de su lugar, propuso á sus comensales el siguiente dilema:

—Señores, la voluntad es grande, pero el dinero escasea: hay que pagar un sermón para por la mañana y un toro para la tarde. Si el sermón es bueno, el toro ha de ser endeble; y si el toro es de puntas, el sermón no valdrá un cuanino. ¿Qué les parece á ustedes que se haga?

Disputaron largo rato los hermanos de la cofradía, cada cual dió su voto apoyándose en razones, y ya el mayor número se mostraba dispuesto á optar por un buen predicador, cuando uno de los concurrentes se levantó y dijo al que hacía de subcofrade:

—Compadre, aquí cada uno ha dado su parecer; usted hará ahora lo que mejor le acomode; pero por lo que se pueda servir, le advierto que yo conozco á la gente de este lugar; de sermones no hay quien entienda una jota, y si suelta V. un toro *falastro*, hasta los chiquillos le pondrán faltas.

Y esto, que con alguna exageración se refiere de un pueblo de Andalucía, puede decirse de otros muchos lugares de España. Sobre el lujo de la procesion y sobre el mérito del que predica suelen traer gran competencia entre sí las gentes de los pueblos vecinos en las fiestas; pero lo que decide, al cabo, la superioridad es el éxito de la corrida de toros.

Desde la función con vices de formal, ganado bravo y media docena de toreros de invierno, hasta la vez corrida con maroma, estas diversiones ofrecen mucho campo á la imitativa y en cambio de los cofrades. Cuando las campanas de la vetusta torre y el ruido de los cohetes anuncian que ha terminado la fiesta religiosa, es de ver cómo los fieles dejan la iglesia y se agolpan, y se codean, y se empujan en los estrechos de la plaza, cerrada de antemano con carros, piedras y maderos.

Las mujeres agitan los pañuelos, los hombres se preparan á torrear despojándose de la chaqueta, y cada uno de los chiquillos empuña su vara para tener el gusto de darle siquiera un palo al toro cuando se aproxime á la valla. La especial disposición de la plaza, las condiciones del ganado y afición de los parlados, ayudada del vino, ofrecen en el curso de la corrida el espectáculo de las peripecias y lances más originales.

El dibujo notabilísimo del Sr. Becquer, recuerdo de estas fiestas en un pueblo de Aragón, da cabal idea de las que con más frecuencia se repiten con gran regocijo de los espectadores, y no pocos sustos, chillidos y cadabrazos por parte de las víctimas.

ALEGORÍA

DE LA PASCUA DE RESURRECCION.

El dibujo que hoy ofrecemos á nuestros lectores, original del reputado dibujante D. Daniel Perea, nos

hace asistir á una de esas frecuentes transiciones, que son como la imagen de la vida. Á los ayunos y mortificaciones de la Cuaresma, á la triste solemnidad de los días de la Semana Santa, sucede el regocijo de la Pascua, y con ella el renacimiento á la vida.

Durante los días consagrados al rezo y al recogimiento, una multitud contrita ha recorrido las calles, visitado las iglesias y seguido fervorosamente las procesiones; todo ha permanecido en la quietud, hasta los sermones han dejado por espacio de dos días de aturdirnos con su desapacible ruido.

Pero llega, en fin, la alegre Pascua, la Naturalza, mostrando amigable consorcio con las prácticas de la religion, tambien se viste de fiesta, convidando á gozar de los primeros effluvis de la primavera.

En la torre de la vieja ermita, albergue de avechilles sin cuento, la campana larga al espacio regocijadas notas; tornan los unos á los placeres del campo, mientras los otros buscan con ardor las emociones de la caza; reanúndanse los animados bailes al aire libre, y como corolario indispensable de todo esto, el ancho circo abre sus puertas á los numerosos aficionados á la fiesta nacional.

LA LIEBRE PROVIDENCIAL.

(Continuacion.)

VIII.

Juanita estaba en un gravísimo estado.

Había en él algo de congestional.

Respiraba de una manera violenta y en el fondo de su alentar había algo de congado: sus ojos, abiertos á medias, huían de la luz; habia recobrado una actividad puramente nerviosa, pero no habia salido de su desmayo sino para permanecer en el marasmo de la congestion; estaba desencajado, su semblante aparecía hipocrático; hablaba, pero de una manera horrible embotada su lengua, los sonidos no se articulaban; no se producían las palabras, su pecho se agitaba con una extraordinaria violencia; de instante sobrevenia una convulsión más acentuada, más espantosa que la anterior; al fin sobrevino, con toda su espantosa violencia, el accidente epiléptico.

Margarita, que así se llamaba su excelencia, está pálida como muerta, aterrada, con los ojos dilatados, temblorosa. Lucía se moría de miedo; Juanito se habia caído del sillón y rodaba sobre la alfombra; Margarita se lanzó á él y le sujetó para que no chocase con la cabeza sobre los muebles; sólo entonces pudo comprenderse la extensión de las fuerzas de Margarita: sentada sobre la alfombra, abrazada á él, le mantenía incorporado; le retenía, le sujetaba como si sus brazos hubiesen sido un mecanismo de hierro, como si su cuerpo hubiese estado adherido al pavimento como una estatua á su zócalo, resultados naturalísimos de la gimnasia, de la equitacion, de la natacion en que hoy, desde pequeñas, se ejercita á las hijas del gran mundo, exagerando á veces esta educacion

de atleta con el tiro de armas, con la caza y con todos los ejercicios viriles que desnaturalizan en nuestros días á la mujer, la sacan de su destino, y dándola el sentimiento de su fuerza física influyen en su sentimiento moral, y hacen de ella un sér extraño, ilógico, híbrido; un exabrupto, por decirlo así, del

refinamiento de nuestra civilización insensata que se precipita de aberración en aberración, en no sabemos qué abismo, en no sabemos qué consecuencias incalculables; y este desarrollo de la fuerza en la mujer influye en su desarrollo físico, se revela en sus formas dándolas la firmeza, la acentuación, la elegancia

ANTAÑO.



- ¿Quiosté vení á los toros, moso güeno?
 —Voy á pié con mucbisima cachasa.
 —Chica, no lo base por tenerlo á meno.
 —¡Yo! aluego nos verémos en la plaza.

de la estatua clásica, que no puede ser más hermosa en Fidias y en Praxiteles; pero que da á su belleza olímpica algo de duro, algo que pudiera llamarse épico, algo que arrebató á la mujer su perfume de lánguida debilidad, y da el fuerte y embriagador perfume del sensualismo pagano.

IX.

En Margarita el sentimiento dulce y poético, in-

génito en ella, que, como una parte integrante de su sér, no había podido arrebatarla esta educación insensata, neutralizaba sus efectos; había en sus formas, en sus contornos, en el *quid divinum* de su fisonomía, encanto, gracia, dulzura, que se unían en ella á la manifestación de la fuerza y de una especie de audacia digna, pero siempre audacia, á la que faltaba muy poco para llegar al desenfado; en ella, en fin, todas las gracias de la mujer se unían á todas las viriles

manifestaciones del hombre bravo que tiene la conciencia de su fuerza.

Margarita era una variante preciosa de la mujer artificial de hoy comparada con la mujer de ayer, que recorría su vida encerrada en un estrechísimo círculo, ignorante, tímida, á la que no se la ocurría nunca

que era una esclava que tenía derecho á emanciparse y á partir todas las situaciones sociales con el hombre; estas pobres mujeres no servían más que para podrirse como amas de gobierno en la oscuridad del hogar, para estar sometidas al dominio absoluto del marido, para ser las mártires de su sentimiento ma-

OGAÑO.



- ¿Viene usted de los toros, Clotildita?
 —Sí, para luegoirme á la Zarzuela.
 —Adios, hermosa.—Adios, señor levita,
 Que está estorbando ya la carretela.

terial; la sociología flamante, la ciencia práctica, el materialismo, el naturalismo dormían aún en el insondable misterio del progreso, ó más bien de la actividad del sentimiento humano y no las habían dicho que ellas eran de todo punto iguales al hombre, las *varonas*, y que, como el hombre, tenían derecho á todas las actividades, á todas las libertades, á todas las fuerzas vivas de la vida moral, intelectual, social y material.

Madame Roland, Carlota Corday y Teorigna de Mericourt habían sido como relámpagos de la tempestad *purificadora* del 93; habían pasado, se habían hundido en la sombra, pero habían dejado su gérmen y el fruto concluido con todas sus elucubraciones bizarras; maduro, extraño, monstruoso, incomprensible aparece hoy, espantoso y al mismo tiempo ridículo, en Luisa Michel y otras de la misma madera; la humanidad, pues, se trasforma, la familia se modifi-

ca, aparece indeterminado un mundo nuevo, y su influencia se hace sentir en todas las clases, aun en las que se creen conservadoras: el agente de transformación está en la atmósfera y se hace sentir en todos; es necesario tener la inteligencia nula y el sentimiento muerto para no verlo.

Hemos señalado estas razones para que nuestros lectores, y singularmente nuestras lectoras, no encuentren inverosímil á la interesantísima y bella Margarita de nuestro cuento.

X.

En el mismo instante en que Juanito fué lanzado por el accidente epiléptico congestional sobre la alfombra, Margarita, que se había arrojado á él, como hemos dicho, y le había sujetado, exclamó con una emoción profunda y una vehemencia extraordinaria.

—¡Miguel! llama á Miguel! Lucía, suceda lo que quiera, digan lo que quieran! ¡pero estás aturdida! ¿no oyes? ¡vé, llama á Miguel!

Lucía salió casi automáticamente.

Margarita continuó sujetando á Juanito, contrastando los formidables sacudimientos, la fuerza imponderable del accidente, oscilando con él, siendo arrastrada, rebatiéndose, impregnándose del agua de que el joven estaba empapado, rozando en aquel movimiento formidable sus mejillas con las de él, intoxicándose de un sentimiento que la embriagaba, la lastimaba, causándole un dolor vago, pero insoportable, como si su corazón se hubiese llenado de algo que no cesaba, que le inflamaba, que le hacía latir de una manera insoportable, y lanzaba á sus ojos lágrimas que corrían por sus mejillas abrasándolas.

Á veces, involuntariamente, sus labios rozaban los de Juanito, y cada rozamiento en éstos le producía la sensación de una quemadura que la abrasaba hasta las entrañas, y gemía, y el terror que sentía por el inminente peligro de la vida de aquél, para ella todavía desconocido, era de una tal intensidad, que ella misma se sentía morir; al fin, no involuntariamente, sino como resultado de un impulso supremo, incontrastable, su boca se unió á la de Juanito, y un largo, profundo y abrasado beso desposó su alma con la de Juanito.

Margarita había caído en un caso de amor fulminante: su beso se volvió contra ella; le pareció sentir dentro de sí el alma entera de Juanito, sonrió de una manera celestial, dió un grito y se desmayó.

MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

(Se continuará.)

RELOJES MISTERIOSOS.

El nuevo reloj misterioso de M. Cadot difiere completamente, por su principio, del que inventado al comienzo de este siglo, ha sido recientemente perfeccionado por M. Henry Robert.

Se podría encontrar en cierto modo el punto de partida de la innovación actual en el reloj de Robert Houdin; pero una combinación especial, debida

á M. Cadot, ha modificado completamente su carácter.

Robert Houdin empleaba dos discos de cristal superpuestos, y encerrados en el mismo marco circular; el uno, fijo en el espacio, lleva la graduación que constituye todo cuadrante; el segundo, móvil sobre su centro, formaba cuerpo con la aguja de la



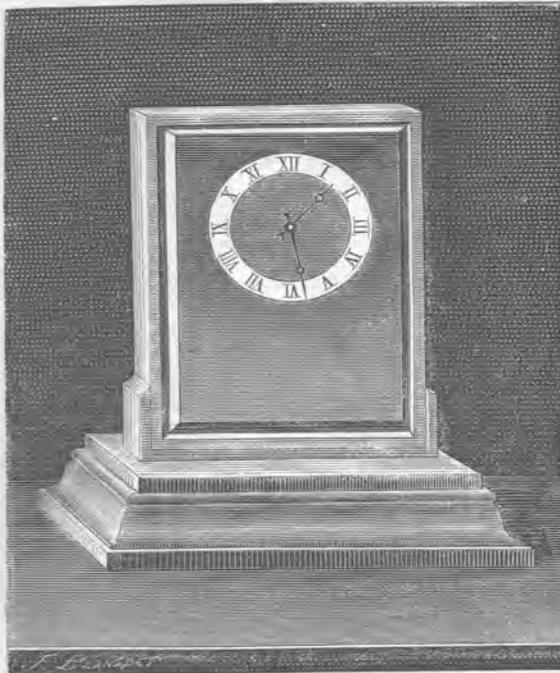
Reloj misterioso.—Sistema Robert-Houdin.

minutos, y su rotación disponía, por el aparato ordinario de los minutos, la de la aguja de las horas. El movimiento era transmitido á este cuadrante por un engranaje dispuesto á lo largo de su circunferencia y disimulado en la anchura del marco metálico. Ese engranaje era á su vez puesto en acción por una rueda dentada que con él formaba ángulo recto, un árbol vertical y un movimiento de relojería encerrado en el pie del aparato. (La fig. 1.ª representa este reloj tal como se construye actualmente.)

Monsieur Cadot conserva los dos cristales; pero para desconcertar á los investigadores que estuviesen enterados del artificio de Robert Houdin, adopta la forma rectangular, que excluye toda idea de rotación. La aguja de los minutos no puede en adelante seguir siendo solitaria de la segunda placa de cristal, recobra su independencia. Esta placa móvil no conserva más latitud que la de un débil movimiento angular al rededor de su centro, que permite el juego que ha quedado en el interior del marco rectangular. Un pequeño resorte, disimulado en el eje de la aguja, acumula para ésta, bajo forma de rotación progresiva, la oscilación alternativa é invisible al especta-

del cristal transparente. Para producir este balance, se suspende esta placa de un fiel oculto en el borde inferior del marco metálico. Después de la os-

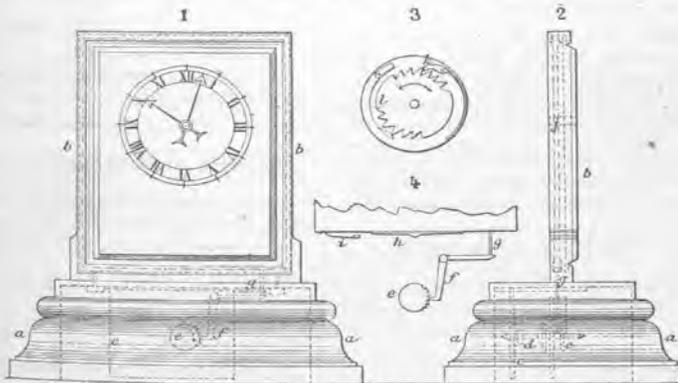
cilación directa de que se acaba de hablar, otro resortito, tesado por este movimiento, vuelve el sistema hácia atrás.



Reloj misterioso.—Sistema Cadot.

El cambio de lugar es producido directamente por un listón vertical que hace levantar la extremidad del fiel. Este listón tiene su punto de apoyo en una

palanca acodada, puesta en relación con una rueda de treinta dientes triangulares. En fin, esta rueda gira sobre su eje en una hora, bajo la influencia de



Vista de frente del reloj.—2. Vista de perfil.—3. Detalle del movimiento del minutero colocado entre los dos cristales.—4. Detalle del movimiento del cristal móvil.—a. Zócalo del reloj.—b. Marco sostenido por el zócalo a.

un movimiento de relojería oculto en el pié del reloj. Cada uno de los dientes tarda dos minutos en pasar, y la trasmisión precedente determina un cambio de lugar que corresponde con la aguja de los minutos,

que completa, por consiguiente, su rotación en una hora. En cuanto á la pequeña aguja, está gobernada por un pequeño aparato de minutos delicadamente disimulada en el centro.



CARLOS VANLOO.

CÁRLOS VANLOO.

Este célebre pintor, cuyo retrato se publica en el presente número, nació en Niza, en 1705, y á la edad de veinte años acompañó á su hermano Juan Bautista, pintor tambien, á Roma y á Paris, ayudándole en muchas obras. Sus mejores cuadros son *Eneas llevando á Anquises* y *el Espíritu Santo presidiendo el casamiento de la Virgen y San José*. Es tambien de mérito una *Muerte metamorfoseada en Ninfa*, cuadro al cual va unida una anécdota dolorosa de la vida del pintor.

Carlos Vanlloo tuvo una hija á quien adoraba, y á quien procuraba dar una brillante educacion. Carolina Vanlloo mostró extraordinarias disposiciones y se dedicó á la lectura de todos los libros que podia haber á las manos. Su padre, que no sabia leer, exclamaba:

—Los libros la perderán.

Falta de direccion en sus estudios, su imaginacion se exaltó, y esta exaltacion la llevó al sepulcro.

Pocos dias antes de su muerte bajó al taller de su padre y se puso á pintar. Vanlloo la sorprendió en su tarea; se acercó á ver lo que pintaba y halló que era un esqueleto, al cual ella habia puesto sus mismas facciones.

—Niña! no es por ahí por donde se empieza — exclamó el padre; y con mano trémula y agitada co-

menzó á borrar la pintura, substituyéndola la de una ninfa. ¿No estás así mejor? — la preguntó despues que hubo concluido.

—¡ Ah, no! — contestó Carolina, sollozando — estoy muerta, estoy muerta.

En efecto, pocos dias despues estaba depositada en el cementerio.

Solucion al jeroglífico del número anterior.

Los duelos con pan son ménos.

SUMARIO.

GRABADOS.—Alegoria de la Pascua de Resurreccion.—Costumbres populares de Aragon de la corrida de toros.—Antaño y oyah.—Relojes misteriosos.—Carlos Vanloo.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.

TEXTO.—Keraban el Testarado, por Julio Verne.—El Tigre blanco.—Luis Bousenard.—Sin familia, Hector Malot.—Ingleses y apaches en el Polo Sur, Moreno Fuentes.—Corrida de toros en un pueblo.—Alegoria de la Pasqua de Resurreccion.—La tierra providencial (continuacion), por D. Manuel Fernandez y Gomez.—Relojes misteriosos.—Carlos Vanloo.—Solucion al jeroglífico.